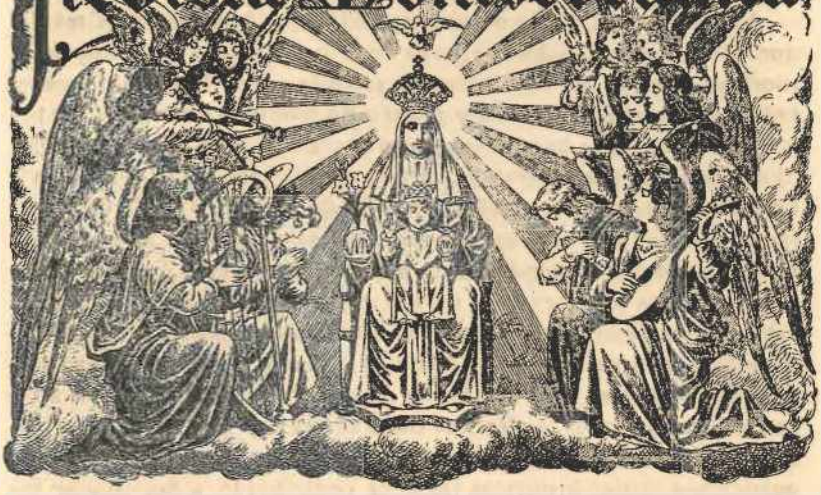
Año VIII Marzo 1914 Núm. 3

Revista Montserratina



CON CENSURA ECLESIASTICA

San Benito, Patriarca del Occidente

«No solo aprovechó a los presentes, sino que también anduvo solícito para con los venideros.»

(*San Bernardo*).

Con esta expresión, de una realidad en grado supremo honrosa y humanitaria, comprende el Doctor melifluo la misión salvadora del hombre extraordinario, que por especialísima providencia del Cielo vino al mundo casi al agonizar el siglo V bajo el nombre venerando de Benito. Y aunque este título o su equivalente «Patriarca de numerosas naciones», conforme lo celebra Newman, se entiende comúnmente de su paternidad respecto de las múltiples Ordenes y Congregaciones religiosas que han florecido en el campo de la Iglesia latina, nada impide, mejor dicho, todo conspira a que se tome en un sentido más amplio, reclamando de justicia la obra inmensa llevada a cabo por sus hijos, el que el

Santo Fundador sea preconizado Patriarca y Padre de la MODERNA CIVILIZACIÓN EUROPEA en la parte más sana y verdadera que esta actualmente equívoca palabra ofrece.

No es hijo este aserto de una sugestión cariñosa, intensísima del que tiene a gran dicha cobijarse bajo los pliegues benditos de la gloriosa cogulla; es sencillamente reducir a una fórmula de merecidísimo homenaje el sentir y pensar de hombres eminentes, de todos los sabios que han consagrado sus estudios y talentos, y han dictaminado sobre naturaleza, origen y desarrollo de la actual civilización moderna. El conocido autor (1) de «Los Monjes de Occidente» que dedicó su vida casi por completo al estudio del monacato en nuestros países, refiriéndose a la época de formación de los estados y monarquías medioevales, afirma resueltamente «ser los Monjes hijos de San Benito quienes dieron a la Iglesia Bélgica, Inglaterra, Alemania y otros países del Norte, y quienes rodearon de auxiliares indispensables para establecer y consolidar la civilización a los fundadores de todos los REINOS DE OCCIDENTE;» y el Rdmo. P. Gasquet (2), quien, según escribe un articulista, con sus trabajos y disquisiciones crítico-históricas tanto ha contribuído a desvanecer las preocupaciones inveteradas de sus compatriotas los protestantes ingleses contra el prestigio y verdad católicas, asienta también con no menor aplomo y autoridad: «Es innegable que el Orden Monástico es un hecho importantísimo en la historia de LA CIVILIZACIÓN DE EUROPA:» y explicándose más por menudo, dice luego: «No es mucho afirmar que casi TODAS LAS NACIONES DEL MUNDO MODERNO no han sido convertidas al cristianismo y amaestradas en las artes de la paz y virtudes cívicas sino por medio y obra del Monaquismo.» Tomando las aguas de más arriba, de la fuente misma, así discurre el insigne filósofo vicense Balmes (3): «la inspiración sublime que guió a este hombre extraordinario era lo más conveniente que imaginarse podía para depositar en el seno de la sociedad disuelta un PRINCIPIO DE VIDA Y REORGANIZACIÓN.» «El (San Benito), añade el antes citado Newman (4), encontró el mundo material y social en ruinas, y su misión fué LEVANTARLO DE NUEVO Y RECONSTRUIRLO.» Por todo lo cual ha podido escribir de una manera explícita y terminante nuestro augusto Pontífice Pío X en un Breve dirigido a Dom Lorenzo Jansens, O. S. B.: *ab oblivione multorum revocetur ille monachorum in Occidente Pater cui magnam partem hunc suum civilem cultum Europa debet*, que es tanto como decir

(1) Montalembert.
(2) «Saggio storico.»
(3) «El Protestantismo comparado con el Catolicismo.»
(4) «La mission de S. Benoit», versión francesa de 1909.

que «San Benito es el verdadero Padre de la Europa civilizada... ya que ella tanto bajo el aspecto intelectual como bajo el material es enteramente hija de los Benedictinos» (1).

Lo más singular es que con estos fervientes encomiadores y panegiristas del Orden Monástico forman coro autores bien despreocupados y poco sospechosos de parcialidad clerical, quienes, en los intervalos lúcidos de su ciego sectarismo, no han podido menos de reconocer la verdad y rendir culto a la justicia. Algunos de esos testimonios mencionaremos en el decurso del presente artículo. Indudablemente que concierto tan maravilloso dice mucho a favor nuestro, esto es, a favor de la singular prerrogativa que venimos mostrando en nuestro gloriosísimo Fundador; más aún, es tan exorbitante el alcance de estas apreciaciones, que parece dislate insigne pretender atribuir a una causa particular, cual es el Monacato, ese soberbio conjunto que se ofrece a la vista del espectador atento bajo el sugestivo nombre de *legítima civilización moderna*, cuando está de enfrente la más admirable de las instituciones culturales, la Iglesia católica, a quien, sin controversia alguna, corresponde de derecho divino y humano la hegemonía en todo lo que dice promoción, desarrollo y progreso de la verdadera cultura y educación del hombre; precisa, por consiguiente, comprobar siquiera someramente y a grandes rasgos y averiguar hasta qué punto la realidad de los hechos se ajusta al significado de las expresiones.

De todos conocido es el estado crítico y por demás lastimoso por que atravesaba la causa del orden público al tiempo de presentarse a la sociedad San Benito. «Estaba lanzado, escribe un autor, el Cristianismo por este tiempo a un mundo viejo, gastado, agonizante; y si el edificio social se sostenía todavía no era tanto en virtud de un principio unánimemente reconocido, como por la fuerza del hábito; era demasiado vasto para poder llevar la existencia de un espíritu público, demasiado artificial para admitir la idea de patria, y de sus múltiples religiones no sacaba el alma popular otra cosa que escepticismo y anarquía.» Con ese desequilibrio moral, con esa depresión de los espíritus y enervamiento de los principios y fuerzas vitales, con ese poder de resistencia de puro nombre, puédese bien calcular qué calamidades y qué reguero de males infinitos no dejarían en pos de sí aquellas hordas salvajes del Norte que durante siglos enteros discurrieron de uno a otro confín por todos los países de Europa sin otro instinto y, lo que es terriblemente peor, con la explícita misión de la Providencia de asolar y des-

(1) Gaume: «Catecismo de Perseverancia,» edición española de 1864, páginas 399 y 403 del tomo V.

truirlo todo para castigar así al mundo prevaricador y purificar el ambiente con un diluvio de infortunios y miserias. Destruídos quedaron los antiguos monumentos de las artes y las ciencias, devastadas aquellas fértiles campiñas labradas a veces por manos de Generales y Emperadores romanos, abandonado el trabajo con sus fecundas y nobles iniciativas, y perdida casi, o al menos insegura, lo que más se aprecia, la propia libertad e independencia; es decir que moral y materialmente, repetimos palabras citadas muchísimas veces, todo el edificio social antiguo con su ciclópea grandeza vino a reducirse a un inmenso acervo de escombros y ruinas, desnuda realidad y acabado trasunto de aquel hacinado montón de polvo y ceniza en que vió resolverse la intuición profética la estatua enorme con planta de hierro, símbolo del coloso de los últimos tiempos del férreo romano imperio, al ser deshecha por la piedra misteriosa desprendida del monte vecino. Ello era cierto, como afirma el propio Newman (1), que tan imposible se les hacía vivir dentro aquel nuevo orden de cosas a aquellos que gustaron las relativas ventajas del antiguo que se veían forzados aun por instinto de conservación huir del mundo y su imperio y poner a salvo su libertad y vida.

Dios, no obstante, no se enojará para siempre; y San Benito, instrumento desde ahora de la divina bondad y misericordia como Atila y sus sucesores hasta entonces lo habían sido de su justicia, aprovechando aquella tendencia y necesidad de huir los peligros tan fuertemente experimentada en sí mismo aún en los menos contagiados, hará de ella la base de la más vigorosa y sólida reconstitución del orden en la admirable institución monástica que lleva su nombre glorioso. Desde entonces aparecerán a lo lejos y al abrigo de las auras malsanas del siglo las célebres Abadías y Monasterios donde hallarán el consuelo de un seguro puerto y refugio los que acierten a escapar del universal naufragio, puertos de salvación primero para convertirse en seguida en focos permanentes de luz y cultura a beneficio del mundo (2). ¡Qué idea más grande, exclama a este propósito Balmes (3), más benéfica, más llena de previsión y sabiduría! Cuando el saber y la virtud no hallaban donde refugiarse, cuando la corrupción y la barbarie iban extendiendo rápidamente sus conquistas, levantar un asilo al infortunio, formar como un depósito donde pudieran conservarse los preciosos monumentos de la antigüedad, y abrir escuelas de ciencia y virtud donde recibieran sus lecciones los jóvenes destinados a figurar un día en el torbelli-

(1) Obra citada.
(2) Obra citada.
(3) Obra citada

no de los negocios de la tierra!... Cuando (el hombre) observa que los monasterios de la Orden van multiplicándose por doquiera, estableciéndose como grandes centros de actividad en las campiñas, bosques y en los lugares más inhabitados, no puede menos de sentir una profunda veneración hacia el hombre extraordinario (San Benito) que concibiera tan altos pensamientos.»

La gran arma de que se valió el Santo para dar movimiento a aquella masa inerte de la sociedad de entonces y empujarla por las espaciosas sendas de su propia libertad y desenvolvimiento social, no fué otra ciertamente que el TRABAJO elevado y dignificado por la ORACIÓN. San Benito fué el APOSTOL DEL TRABAJO, y por esto sólo bien merece ser saludado y tenido por PADRE DE LA CIVILIZACIÓN, pues trabajo y civilización, como dice un sabio Prelado (1), son dos ideas correlativas en la existencia real de las cosas.

Entre las tradiciones monásticas ninguna hay que brille tanto y esté mejor asentada como la honra y predicamento en que siempre ha sido tenido el trabajo dentro y fuera de la Orden. Por lo que se refiere a la agricultura, no duda en afirmar Mr. Guizot que a los inmensos trabajos de desmonte y preparación de terrenos llevados a cabo por los benedictinos debe la Europa sus actuales condiciones de cultivo y sus mejores campiñas. De igual o parecida manera se expresan sobre el particular Mr. Hallam, Varton y otros que podría citar.

Empero, el mérito relevante de este trabajo y su eficiencia verdaderamente excepcional en orden a la civilización de los pueblos, no lo deducimos tan sólo por las varias manifestaciones de la actividad humana en la agricultura, industria, y aún en las artes y ciencias; sino, y muy principalmente, del alto concepto que de su ley cristiana concibiera la conciencia pública gracias a los ejemplos y enseñanzas de los religiosos, ley moral y jurídica por la cual el trabajo no debía ya considerarse como una mercancía y como un esclavo el operario, sino lo que era realmente, esto es, una obra humana y un ejercicio de la actividad de la persona que al paso que se apropia con él la tierra, conquista su libertad y elabora su perfección y bienestar físico-moral. Considérense además las instituciones de todas clases que nuevas necesidades atendidas por un espíritu de caridad ardiente, demandaron crearse prontamente; instituciones dirigidas en general a garantir y conservar aquellas conquistas y a defenderse contra los estragos de la voraz usura, y contra las vejaciones de pequeños tiranos (2) que frecuentemente

(1) Torras y Bages: «Lo eterno y variable del Cuerpo social.»

(2) «Por lo común, todo aquel que no era señor de castillo era esclavo; refugiándose en los claustros se huía de la tiranía, de la guerra.» Voltaire cit. por C. Cantú. Hist. Universal. Lib. VIII cap. 16.

pululaban de entre las impurezas del sospechoso sistema feudalista: Los antiguos recursos de la renta perpetua, verdaderos establecimientos de crédito, por los cuales recibían de los Monasterios aquella gente campesina la suma de dinero que solicitaren, obligándose de su parte pasar anualmente al Monasterio acreedor, en reconocimiento de su deuda, cierta cantidad de granos, trigos, a veces huevos y capones (1): los celebrados gremios y cuerpos profesionales más tarde, que juntaron el trabajo con el capital asociados por la jerarquía de oficiales y maestros; considérese todo esto, y fácilmente se convencerá cualquiera que nada ha contribuído tanto a la elevación de los pueblos y dignificación de las personas como esa grandiosa concepción del trabajo con sus derivaciones los gremios, asociaciones profesionales, etc. Pues bien, «historiadores positivistas como Taine, y racionalistas como Michelet han confesado que los monjes de San Benito fueron los emancipadores del trabajo, los quebrantadores de la esclavitud y los que en un mundo apoyado por la fuerza establecieron el reinado de la libertad» (2). Ellos, en una palabra, realizaron la prodigiosa evolución que cambió todo el orden económico antiguo (romano), substituyendo el trabajo esclavo por el trabajo libre.»

Puestos así los fundamentos del verdadero progreso en el trabajo y en la agricultura base primera de toda riqueza, del comercio y aun de la sociedad, y desentendiéndose poco a poco de las rudas labores del campo para relegarlas a los conversos y a los numerosos vecinos que se agrupaban frecuentemente alrededor de las Abadías hasta formar multitudes (3), se dedicaron los monjes pronta-

---

(1) Véase la memoria «De l'influence des Ordres religieux sur le développement économique et social du mogen âge» leida en el Congreso agrícola celebrado en Maredsous (Bélgica) en 1904 por su autor M. Jules de Montpellier.

(2) D. Juan Vázquez de Mella en el discurso pronunciado en el «Tivoli» (Barcelona) Abril de 1903.

(3) En ninguna otra parte se hacía justicia sino a la sombra de los Monasterios; allí no llegaban los desmanes de los señores feudales. Esto, unido a la confianza que inspiraban sus moradores por una vida admirable y santamente arreglada, hacía que muchos infelices se allegasen a aquellos asilos providenciales y fijasen junto a los muros sus viviendas y moradas. Muy frecuentemente se originaron así grandes poblaciones, llegando a decir M. Jules, lug. cit., que habría para llenar sendos volúmenes con sólo enumerar las ciudades y aldeas que deben a los Monasterios su existencia, cuando menos un notable acrecentamiento de prosperidad. Las parroquias regentadas por monjes, como sucede en Austria, Alemania, etc., no reconocen generalmente otro origen, según el autor del «Discurso Apologético del Estado religioso»; y Mr. Fleury, Disc. III. n. 22., después de afirmar que los «Monasterios han producido grandes ciudades, y sus colonias han lle-

mente y con mayor intensidad y cariño que en un principio a otra faena más elevada, al cultivo de la razón y de sus facultades por el estudio de las letras, ciencias y artes, y en esta parte complementaria de la educación del hombre debe incalculablemente la sociedad a la Orden monástica. Por lo que se refiere a las letras, dice uno de los autores antes citados: «los Alejandros, los Césares, los Homeros y los Virgilios nos serían completamente desconocidos si no fuera por los Benedictinos: todo se lo debemos lo que nos resta de la antigüedad así sagrada como profana.» Demuestra patentemente la excelencia de este servicio la paciencia proverbial y el celo esmeradísimo que se tuvo en las transcripciones y copias de los libros antiguos; sucedía frecuentemente que no bastando toda la vida de un monje para la ordenación de una obra importante, se llamaba a otro para continuarla, relevándose así de esta manera hasta dos, tres y tal vez más monjes.

No menos favorecidas que las letras han sido y son todavía las artes entre los monjes, y como sea esto a todas luces manifiesto, creo excusado aportar subsidio de ninguna clase para comprobarlo.

¿Qué es un pueblo sin historia? Una multitud errante, una tribu nómada, ignorante de dónde viene y a dónde va y sin más conciencia que del momento presente. La historia es quien únicamente puede llevarla a puerto, la que, juntando en místico abrazo a los presentes con los que fueron y los que sucederán, la eleva al rango de Nación o gran Comunidad. También bajo este respecto resplandece admirablemente la paternidad de San Benito para con la mayor parte de las naciones de Europa; efectivamente, «¿qué fueran, pregunta el erudito autor de la *Disertación apologética del Estado religioso* (1), qué fueran los ingleses con su magnífico pasado, sin los monjes Beda, Ingulfo, Guillermo de Malmesbury, Mateo de Westminster, etc.? ¿qué no debe la historia no menos gloriosa de Francia a los Aymonios, a Hugo de Flabigny, a los PP. Bouquet, Taillandier y a otros cien de la célebre Congregación de San Mauro?; la de Alemania a Regino Abad de Prum, a Lamberto de Schaffnabourg, Hermán Contracto, etc.?; e Italia a León de Marsiaco, Pedro el Diácono, etc.?»

Mucho quedaría por decir sobre cada uno de los puntos que van, aquí tan solamente indicados, si se quisiese desarrollar cumplida-

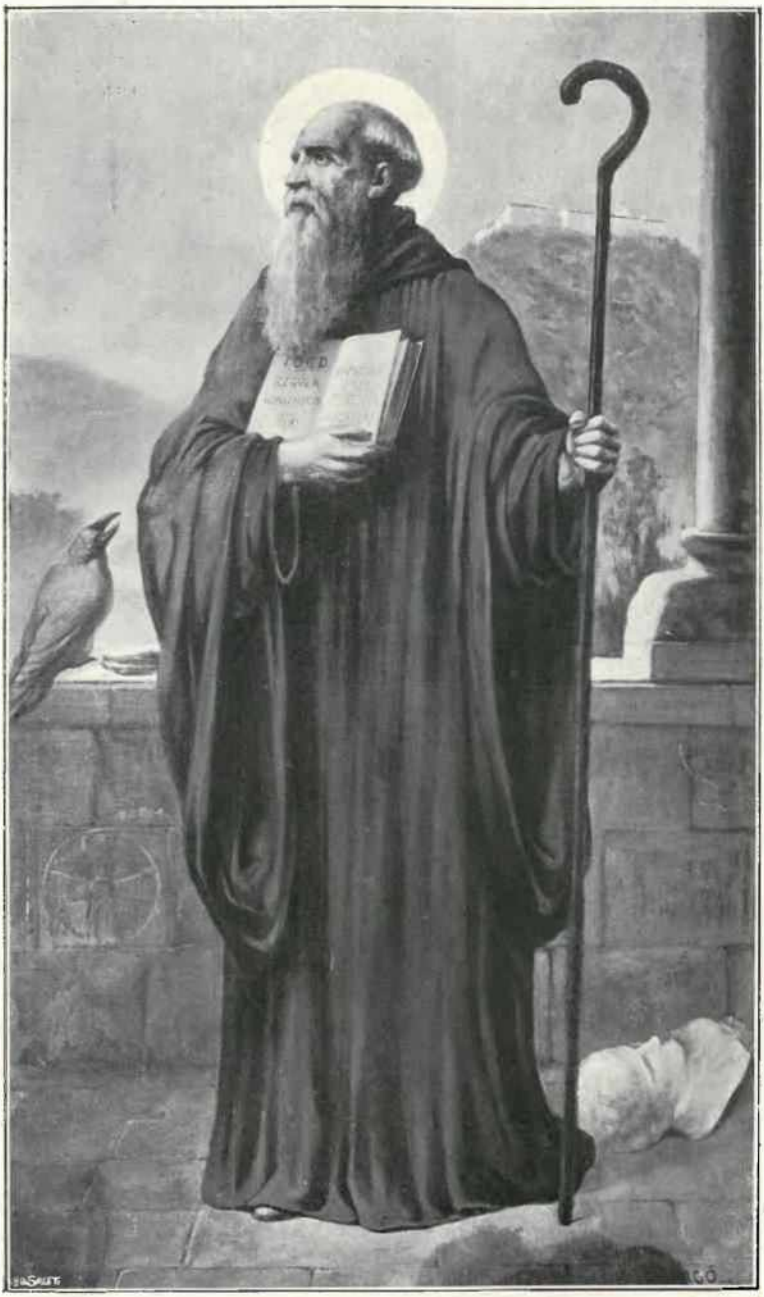
---

gado a ser provincias considerables», cita una porción de aquellas en varios países por cierto bien populosas, y algunas, episcopales: lo mismo, aunque en menor escala, podemos decir de muchas villas y poblaciones situadas en el norte de España, que deben su origen a antiguos Monasterios.

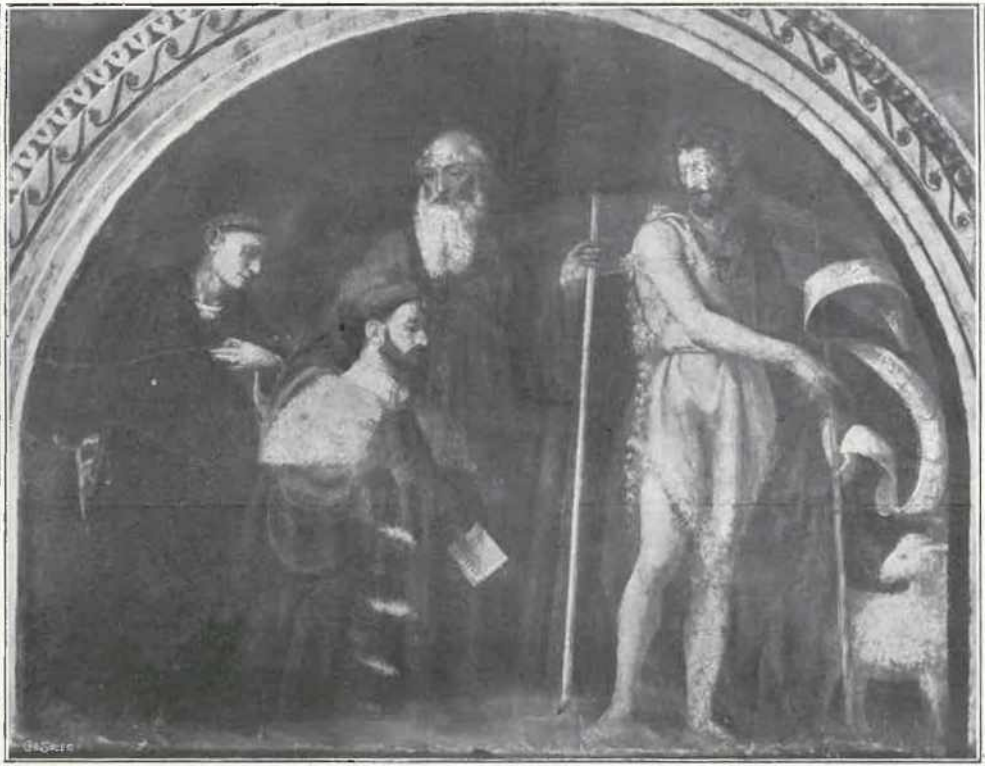
(1) Traducción española por D. Arias Gonzalo de Mendoza, p. 133.

mente la totalidad de su argumento; así y todo, creo no obstante, será más que suficiente lo dicho para asegurarse quienquiera de que no pecaron de ligeros y superficiales aquellos varones eminentes al emitir los juicios y apreciaciones altamente encomiásticos que les mereció la acción monástica como factor indiscutible de la moderna civilización europea.

Dos palabras nada más, resta añadir para hacer ver cómo en manera alguna queda la Iglesia postergada y relegada a un lugar secundario ante la misión trascendental que hemos señalado en estas líneas a una Orden particular, a la Orden monástica. Y a la verdad, ¿qué rivalidad puede surgir entre los componentes de un todo naturalmente armónico, entre un ejército y sus avanzadas, entre la Iglesia y su porción más escogida? Porque si las Congregaciones religiosas tienen en ella el lugar de avanzadas, ¿qué inconveniente, mejor dicho, qué más natural y más conforme a la economía y providencia divina en el gobierno del mundo y en la conquista del bien del hombre por la misma Iglesia, que confiar a ellas el puesto de honor, el lugar más comprometido, la conquista del objeto que mayor acometividad y esfuerzo requiere del soldado? Pues al fin, la victoria así alcanzada se entiende pertenecer a todo el cuerpo combatiente, y nunca a una parte de él por valiente y decisiva que haya sido su particular acción. Pasemos por alto y no digamos que al tiempo en que hemos colocado nuestra cuestión la Iglesia OFICIAL era enteramente benedictina, pues sabido es que durante varios siglos de la Edad media el gobierno universal de ésta tanto en su primer Jerarca como en gran parte de sus Prelados, estaba en las manos de hijos de San Benito; con lo cual dicho se está que su sagrada Orden logró el grado máximo de identificación con la misma Iglesia. Dejemos todo esto y veamos, concluyendo, la manera propia y peculiar cómo, según nuestro Padre Gasquet, realizó el concepto de avanzada el Monacato en las pasadas edades. El trabajo completo del Orden monástico, escribe el sabio Padre, puede compararse al llevado a cabo por las colonias romanas; los hombres que formaban esas colonias, viviendo en continuo comercio y trato con los naturales del país, les inducían insensiblemente a abrazar sus leyes y costumbres, su arte y lengua, en una palabra, la civilización o cultura romana; de manera, que bien puede decirse que ellos, antes que los soldados y generales romanos, fueron los verdaderos conquistadores del mundo. De igual manera, pues, los monjes, al establecerse en medio de los pueblos, sus habitantes, medio salvajes muchas veces, fácilmente aceptaban la vida cristiana, no siendo otra su misión, como se expresa otro Monje, que representar a los ojos de los pueblos todo lo grande que



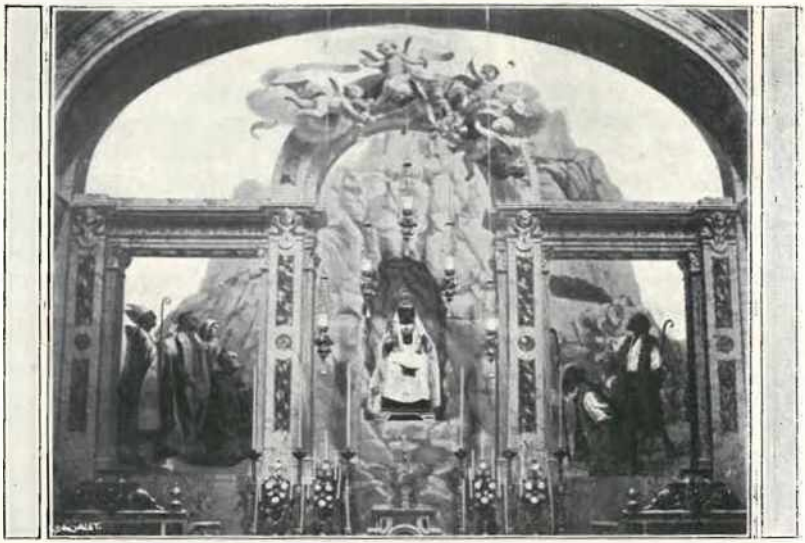
SAN BENITO. (Cuadro de F. Amigó)



SAN BENITO CON SAN PLÁCIDO Y SAN JUAN BAUTISTA.—(Cuadro de Luini)

MONTSERRAT.—Restos de la antigua bodega y patio de la mayordomía
(Véase el art. «Topografía Montserratina»)

MONTSERRAT.—Restos del antiguo refectorio y patio de la mayordomía
(Véase el art. «Topografía Montserratina»)



NÁPOLES. Iglesia de Nuestra Señora de Montserrat
Altar mayor decorado bajo la dirección del maestro Gonella
(Véanse las «Noticias Marianas»)

NÁPOLES. - Iglesia de Nuestra Señora de Montserrat
Cúpula decorada bajo la dirección del maestro Gonella
(Véanse las «Noticias Marianas»)

se encuentra en la Iglesia de Dios: su luz y calor, su fuerza y poder, su vida espiritual por dentro y su irresistible influencia por fuera» (D. Germain Morin, O. S. B).

Grande resulta con la grandeza incomparable del coloso la figura del Santo Fundador Benito; sean igualmente grandes la veneración y gratitud de los pueblos: el pobre y el rico, el individuo y la sociedad, el trabajo y el capital, la profesión, la cultura, en fin, aclámenlo «Padre y Patriarca bendito de las Naciones.» Bendíganle al unison del Poeta «el hombre que trabaja y el anciano que descansa», y todos los ciudadanos sin reserva y a porfía rompan los aires con sonoros himnos de cánticos y alabanzas

Laudibus cives resonent canoris...

JOSÉ M.ª URGELL.

San Benito y el Seminario Conciliar de Barcelona

DESDE hace años contaba ya San Benito entre el clero de esta diócesis de Barcelona a numerosos hijos suyos, y ahora acaba de llamar a no pocos de los que en el retiro del Seminario se preparan para la nobilísima misión sacerdotal. Al considerar cómo tan repentinamente y por medios sencillísimos San Benito se ha dado a conocer entre los jóvenes Levitas, nos ha parecido ver la figura del llorado Obispo de Barcelona, Dr. Laguarda (q. s. g. h.), como protegiendo a su amado Seminario y como cerniéndose su espíritu sobre los amplios claustros y numerosas habitaciones, llamar en su auxilio para proteger a sus queridos Seminaristas a los Fundadores de las Ordenes religiosas, no cabiéndole pequeña suerte a nuestro Santo Patriarca.

Era a principios de Noviembre y el P. Director de los Oblatos fué llamado al Seminario de Barcelona. Dos o tres jóvenes mostraban deseos de ingresar en la asociación de Oblatos Benedictinos, y pidiéronle cómo se podría acceder a su petición. Hablóse familiarmente del asunto y el P. Director sondeó el parecer de los Superiores del Seminario, quienes se mostraron sumamente favorables a cuanto pudiera acrecentar el fervor y el celo de los jóvenes educandos. Un cúmulo de circunstancias, todas ellas luctuosas, retrasaron la realización de los santos deseos, y la natural impaciencia que esto produjo avivó más los sentimientos religiosos de

los postulantes, quienes, en conversaciones particulares con sus compañeros, no se avergonzaron de abrirles su propio corazón. Cuál no fué la sorpresa del P. Director cuando al presentarse en el Seminario en la tarde del sábado 24 de Enero, a fin de prepararlos para la ceremonia de la vestición en el día siguiente, creyendo que sólo se trataba de seis o siete postulantes, le fué notificado que dos días antes se habían presentado a la Junta diez y ocho peticiones, y en aquel momento le fueron entregadas cuarenta y dos peticiones más, anunciándole que no teniendo aún las hojas impresas que a este fin les habían prometido, eran aún más los que aguardaban imitar a sus compañeros en tan santa resolución!

Lo insólito del caso hizo que se suspendiera la ceremonia; el P. Director les exhortó brevemente a perseverar en sus propósitos si conocían que ellos eran fruto de un llamamiento divino, a que el respeto humano no fuera parte a continuar o suspender la resolución tomada, sino tan sólo la gloria de Dios y la salvación de las almas, escogiendo a este fin aquel camino que les pareciese más seguro; y los prudentes Superiores del Seminario trataron particularmente el asunto y se decidió ponerlo inmediatamente en conocimiento de los RRmos. PP. Abades de este Monasterio.

El honor y respeto que merece el ilustre Seminario barcelonés obligaron a que el Rmo. P. Abad Coadjutor fuera en persona a imponer el Santo Hábito a los que con tanto ahinco deseaban ser contados entre el número de hijos de San Benito en el Monasterio de Montserrat. Su Paternidad Reverendísima fijó para ello el día 2 de Febrero, y los Superiores del Seminario señalaron la hora de las diez y media de la mañana. A las diez y cuarto fué recibido por los Superiores del Seminario a la puerta del mismo, y dirigióse a la Sacristía donde tomados la cogulla y pectoral, precedido de numerosos acólitos, dirigióse al presbiterio, orando breve rato ante el Santísimo. El altar mayor lucía toda su espléndida iluminación, y al lado del Evangelio estaba situado el trono para S. P. Rma. Uno de los asistentes llamó por su orden a los postulantes en número de ochenta y dos, quienes fueron colocándose en forma de semicírculo o corona alrededor del presbiterio.

Cantadas las preces de Ritual, a que todos respondieron unánimemente, S. P. Rma. les dirigió la palabra explicándoles la importancia y significación del acto que iban a realizar, poniéndoles ante sus ojos los ejemplos de nuestros mayores por medio de una breve pero brillante apología de la Orden.

Luego comenzó la bendición de los hábitos por las largas oraciones prescritas en el Ritual, y después acercándose uno a uno les fué impuesto el Santo Hábito. Mientras duraba esta hermosa y tier-

na ceremonia, que por la emoción que mostraban en su exterior les llenaba de fervor y consuelo, todos, ayudados por la acreditada «Schola Cantorum» del propio Seminario, cantaron esta hermosa Antífona (1): «Santísimo Confesor del Señor, Padre y Patriarca de los Monjes San Benito, intercede por nuestra salvación y por la de todos los hombres.»

Y a continuación, con todo el entusiasmo de que son capaces los corazones juveniles, entonaron a dos coros los bellísimos salmos 66 y 46. No podían ser mejor escogidos para la fiesta. Con qué júbilo cantaban: «Compadézcase Dios de nosotros y nos bendiga, haga brillar sobre nosotros su luz y mírenos compasivo.»

—«Para que conozcamos, oh Dios—continuaba el otro coro,—para que conozcamos en la tierra tu camino; y las naciones todas conozcan tu salvación.»

—«Alábente, oh Dios, todos los pueblos; todos los pueblos canten, Señor, tus alabanzas.»

—«Alégrense y regocíjense las naciones todas; porque juzgas con equidad a los pueblos y diriges las naciones en la tierra.»

—«Alábente, sí, oh Dios, todos los pueblos y canten todos ellos tus alabanzas; porque la tierra ha dado ya su fruto.»

—«Bendíganos Dios, el Dios nuestro! Bendíganos Dios, y sea El temido en todos los confines de la tierra!!!

Y véanse las hermosas ideas expresadas por el salmo 46:

—«Aplaudid, naciones todas: aplaudid y alabad a Dios con voces de júbilo.»

—«Porque excelso es el Señor y es terrible: El es rey grande sobre toda la tierra.»

—«Sometió a nosotros los pueblos; y puso a nuestros pies las naciones.»

—«Nos eligió como herencia suya; y amó en nosotros la belleza de Jacob.»

—«He ahí que Dios ascendió entre voces de júbilo; fué ensalzado el Señor al sonido de trompetas.»

—«Cantad salmos a nuestro Dios, cantad! Cantad salmos a nuestro Rey, cantad!!»

—«Porque Dios es el Rey de toda la tierra: ¡Cantadle salmos sabiamente!!»

—«Reinará Dios sobre las naciones: he aquí que Dios está sentado sobre su santo trono.»

—«Los príncipes de los pueblos se unieron al Dios de Abrahán:

---

(1) «Sanctissime Confessor Domini Monachorum Pater et Dux Benedicte, intercede pro nostra omniumque salute.»

porque los poderosos de la tierra han sido ya en gran manera exaltados.»

Calcúlese con qué entusiasmo fueron cantados estos salmos en el cuarto modo gregoriano, mientras los postulantes uno a uno se acercaban al P. Abad para vestir el Hábito, y luego repetida la Antífona, S. P. Rma. terminó con las oraciones del Ritual y la bendición solemne.

Por ser aquel día festivo, otros varios postulantes estaban entonces en la Catedral y no pudieron vestir el Santo Hábito al propio tiempo que los demás compañeros; a este fin, S. P. Rma. delegó sus facultades en el Rdo. D. F. Bartomeu, Director espiritual del Seminario, para que lo verificara cuando lo creyera más oportuno.

El deseo unánime de todos hubiera sido que el Rmo. P. Abad visitara el Seminario, mas la larga ceremonia había llenado bastante tiempo y nuestro Rmo. Padre debía acudir a otro lugar donde su presencia era necesaria. Por lo tanto, acompañado de los Superiores y de una comisión de sus nuevos hijos espirituales hasta la puerta del Seminario, fué despedido con notables muestras de respeto y de gratitud.

Este breve y sencillo relato se presta a multitud de consideraciones, sobre todo en este mes dedicado a nuestro P. San Benito.

¿Qué es lo que ha podido influir en muchos individuos del clero secular, y aun en los jóvenes Levitas a ampararse bajo las banderas de N. S. Patriarca?

Si nos fijamos en los caracteres principales de la obra de San Benito y en el espíritu que en toda ella domina, vemos que son tributar en todas las cosas gloria a Dios *Ut In Omnibus Glorificetur Deus*, especialmente por el culto litúrgico (1); amor a la Santa Iglesia Católica (2), y obediencia suma a Dios en la persona que revista alguna autoridad (3): he aquí tres puntos de vista de la perfección cristiana que convienen sumamente a los individuos del clero, mucho más en nuestra época en que el espíritu del siglo, llamado modernismo, ataca los fundamentos de la piedad con nove-

---

(1) Estas palabras se leen al fin del cap. 57 de la Santa Regla: *De artificibus Monasterii*. Si N. P. San Benito las aplica aún a las cosas más fútiles de la vida, ¿con cuánta mayor razón deben ser aplicadas al Oficio Divino, que el mismo Santo Padre llama repetidas veces: *Opus Dei*? Por esta causa las iniciales de estas palabras han servido de lema a los Benedictinos en esta forma: I. O. G. D. Recomendamos, pues, su uso a los Oblatos. Respecto del Oficio divino, léanse los caps. VIII a XIX, XLIII a XLVII, L a LII y otros.

(2) Véanse los caps. IX y XIII.

(3) Véanse los caps. IV, V, VII, XXI, LVIII, LX, LXV, LXVIII, LXXI, LXXII y otros.

dades (1) de un subjetivismo exagerado, el respeto a la Iglesia con los halagos del amor propio, y sobre todo el principio de autoridad.

He aquí unas palabras hermosísimas recientemente publicadas por persona que no pertenece a nuestra Orden (2): «La vida monástica es la vida misma de Cristo llevada a la realidad en el interior del monje; y la vida de Cristo no es otra cosa que la glorificación del Padre Celestial en la práctica y por medio de la obediencia. Tal es la doctrina del Apóstol de las Gentes. La vida de los hijos de San Benito se resume en explotar todas sus facultades para glorificar a Dios por medio de la obediencia (3). Esta distinción es en ellos fundamental; y tanto más importante, cuanto que esta idea-madre que es como la base del espíritu monástico, permite a cada uno ser especialista individualmente considerado, sin que su mentalidad se desvíe o quede circunscrita a los límites estrechos de lo que es objeto de su actividad »

«Desde su principio la vida benedictina es vida de obediencia. El primer precepto que esta impone es la alabanza divina, y por medio de ella el apostolado benedictino ofrece un carácter peculiar que le distingue de cualquier otro. Planta una cruz en tierra de infieles, levanta en ella un Monasterio, se entrega por completo a la obra de Dios, esto es, al oficio divino, su voto de estabilidad le liga por completo a él, obedece a su Regla y a su Abad, vive la vida perfecta cristiana, ejerce necesariamente un influjo a su alrededor, en fin, una vez reforzado y pletórico de vida vuela a poblar, cual solícita abeja, un campo nuevo e inculto: tal es el método de evangelización y enseñanza mostrado por San Benito. No trata de supeditar la propia santificación a la del prójimo, sino que aquélla dé origen a ésta. De aquí que aparece enérgico a la par que mesura-

---

(1) De algún tiempo a esta parte no falta quien achaque a los Benedictinos el que queramos introducir novedades en la vida mística y ascética: si en algo trabajamos es en restablecer lo genuino y lo tradicional en la Iglesia; en la escuela de San Benito, que él a su vez aprendió de los Santos Padres Basilio, Agustín y Crisóstomo, fueron educados los grandes místicos y ascéticos de la Edad Media: el autor de la *Imitación de Cristo*, Santa Matilde, Santa Ildegardis, Santa Gertrudis, San Anselmo, San Bernardo, Luis de Blois, o Blosio, y mil otros. El admirable capítulo VII de su Regla es un compendio de ascética monástica, y obran mal quienes pretenden poner contradicción entre los diversos caminos que Dios ha abierto para enseñanza y edificación de los hombres.

(2) «Brazil=Terra da Sta. Cruz.» N.° de Enero del corriente año: Misiones Benedictinas del Congo y del Brasil.

(3) Por esto en la historia se lee de monjes apóstoles, monjes doctores, monjes obreros, monjes misioneros, monjes pedagogos, monjes artistas, etc.

do, firme a la par que seguro, sobrenatural y lleno de bendición: su norma es la estabilidad. El civilizó la Europa.»

«En el Monasterio reinan la caridad y el amor; y justo es decirlo: *Ubi charitas et amor, Deus ibi est*: donde se hallan la caridad y el amor, allí está Dios »

¿Cómo extrañarán, pues, nuestros lectores que a medida que mejor se conoce el ideal de perfección concebido por San Benito, sean muchas más las almas que corran en pos de él para seguir las enseñanzas que él dejó impresas en su santa Regla?

Variados son los caminos por los que Dios conduce las almas a la cima de la perfección. Por lo cual al mismo tiempo que felicitamos a los Hijos del Carmelo, de Domingo, de Francisco y otros porque trabajan denodadamente y con fruto copioso en el jardin de la santa Iglesia, nos alegramos porque nuestro Santo Padre Benito es de día en día más conocido y amado. La civilización europea tiene en él a uno de sus principales acreedores. Ojalá pronto el orbe entero cante en loor suyo esta bella antífona: «Oh espejo de vida celestial, Patriarca y Doctor San Benito, cuya alma goza juntamente con Cristo en los cielos: Ampara, oh Pastor santo, a tu rebaño; fortalécele con el socorro de tus oraciones, haz que a ejemplo tuyo entre en la gloria por un camino radiante de fulgores» (1). Así sea.

C. O.

CONVERSACIONES LITÚRGICAS

II

La penitencia pública

Los penitentes públicos.—Antiguamente los reos de grandes crímenes o escándalos eran penitenciados públicamente durante el santo tiempo de Cuaresma. A este fin, en el día de miércoles de ceniza el Obispo, después de haber impuesto la ceniza a los fieles, se dirigía al antecoro o centro de la Iglesia Catedral donde

(1) O cœlestis norma vitae, Doctor et Dux Benedicte, cujus cum Christo spiritus exsultat in cœlestibus: gregem Pastor alme serva, sancta prece corróbora: via cœlos clarescente fac, te duce, penetrare.» (Ant. en la fiesta de su Patrocinio).

se sentaba en una silla preparada al efecto. Los penitenciados, que de antemano se hallaban a la puerta con los pies descalzos, eran introducidos en la iglesia, y postrados ante el Pontífice, rodeado de su Cabildo, demandaban perdón de sus pecados. El Prelado les imponía la ceniza con las consabidas palabras: «Acuérdate, hombre..,» y eran rociados con agua bendita.

Luego se bendecían los cilicios: estos eran túnicas de jerga que vestían los penitentes en vez de su traje ordinario, y el Obispo lo vestía a cada uno diciendo: «En Dios hay misericordia, y El es nuestra redención, por lo cual El atiende a la necesidad del hombre caído, no sólo por medio de los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, sino también por el de la Penitencia, a fin de que seamos fortalecidos para la vida eterna.» A lo cual todos responden: «Demos por ello gracias a Dios.»

A continuación todos se postran para rezar la Antífona «No te acuerdes, Señor, de nuestros crímenes ni de los de nuestros padres; ni tomes venganza de nuestros pecados, oh Dios nuestro,» y luego los siete Salmos llamados penitenciales.

Son estos: El VI «Domine, ne in furore tuo», para implorar la misericordia de Dios.

El XXXI «Beati quorum...» que expresa la felicidad del alma a quien se le perdonan sus pecados.

El XXXVII «Domine, ne in furore...» que explica las amarguras y sinsabores del pecador.

El L «Miserere...» salmo conocidísimo, porque es el más bello acto de contrición que ha redactado el hombre inspirado por Dios.

El CI «Domine, exaudi...» que explica las miserias de la vida.

El CXXIX que es el conocido «De profundis...» Oración tiernísima para impetrar el perdón.

y el CXLII «Domine exaudi...» que expresa los humildes sentimientos del hombre pecador ante la Majestad de Dios ofendida.

A continuación se rezaban las Letanías de los Santos, en que se implora su intercesión para con Dios a favor de los penitentes, y luego una serie de oraciones, de las que entresacamos estas dos, bellísimas y llenas de filial compunción:

«Atiende, oh Dios, a nuestros ruegos, y no perdure por largo tiempo tu ira sobre de estos tus siervos; cura sus llagas y perdona sus pecados; a fin de que una vez hayan expiado su delito puedan unirse para siempre a Ti.»

«Oh Señor Dios nuestro, a quien no vencen nuestros delitos, sino nuestra penitencia, fíjate en estos tus siervos que reconocen su pecado; a Tí toca absolverles de él y perdonarles, pues dijiste que preferías verlos más bien penitentes que muertos: concédeles, pues, Señor, que cumplan con el tiempo de penitencia que les ha sido señalado, y enmendados en sus costumbres puedan participar de tus goces eternos. Te lo pedimos por Nuestro Señor Jesucristo. Así sea.»

Levantábanse los penitentes y el Prelado desde su trono les dirigía la palabra, indicándoles cómo, a imitación de Adán que fué arrojado del paraíso, ellos debían ser expulsados de la Iglesia, y tomando en seguida al primero de ellos por la mano derecha, y éste a su vez al segundo, etc., los conducía a la puerta diciendo: «Así como nuestro padre Adán fué arrojado del paraíso por su pecado, así os expulsamos a vosotros de la Iglesia por vuestros crímenes.» Una vez fuera ellos se arrodillaban y el Pontífice desde el dintel de la puerta les animaba a proseguir implorando la misericordia divina con oraciones, ayunos y obras piadosas hasta el día del Jueves Santo; ellos apagaban las velas encendidas que traían en la mano, cerrábanse las puertas, y el Clero se dirigía al coro para comenzar la Misa.

En el día del Jueves Santo eran devueltos al seno de la iglesia en la forma siguiente:

El Obispo y clero, postrados en el medio de la iglesia, como se ha dicho para la ceremonia anterior, rezaban los Salmos penitenciales y las Letanías de los Santos: entretanto los penitentes permanecían arrodillados ante la puerta con los cirios apagados en sus manos. Al llegar a aquel pasaje de las Letanías que dice: «Patriarcas todos y Profetas, orad por nosotros,» el Obispo señalaba dos Subdiáconos que con velas encendidas se llegaban a la puerta del templo y decían: «Por mi palabra, dice el Señor, no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.»—Al poco rato les eran enviados por el Obispo otros dos Subdiáconos en la misma forma, que decían a los penitentes: «Esto dice el Señor: Haced penitencia, he aquí que se acerca el reino de Dios,» y al terminar las Letanías se acercaba a ellos el Diácono con un gran cirio encendido, que les decía: «Levantad ya vuestras cabezas, ha llegado el tiempo de vuestra redención,» y el Diácono volvía a su lugar como los anteriores Subdiáconos, pero no sin haber antes encendido con la luz de su cirio las velas de los penitentes.

Luego se organizaba la procesión: todo el clero y pueblo acompañando al Prelado acudía en busca de los penitentes; y sentado el Prelado de cara a la puerta escuchaba la hermosa invocación que le dirigía el Arcediano que comenzaba en esta forma:

«Ha llegado, oh Pontífice, el tiempo propicio, el día del perdón y de la salud...»; exponía luego las penalidades sufridas por los penitentes, la compunción del corazón, sus lágrimas y su penitencia. A tales palabras el Prelado se llegaba a la puerta diciendo por tres veces: «Venid, venid, venid, hijos míos, y estad atentos, os enseñaré a temer a Dios,» y retirándose un poco se cantaba el salmo XXXIII: «Bendeciré al Señor en todo tiempo y su alabanza resonará incesantemente en mi boca...,» salmo que es una hermosísima acción de gracias. Al comenzar el Salmo los penitentes acudían presurosos a postrarse a los pies del Prelado, permaneciendo en esta forma hasta el fin. El Deán intercedía luego por ellos al Pontífice, y después de un breve diálogo, tomándolos por la mano en la misma forma que en el miércoles de ceniza, los introducía de nuevo en la iglesia.

Dábales luego la absolución de sus pecados, y tomando parte en la alegría de la Iglesia por la reconciliación del pecador, entonaba el siguiente Prefacio:

«Es en verdad justo y digno, muy equitativo y saludable que siempre y en todas partes te demos gracias, oh Señor Santo, Padre omnipotente y Dios eterno, por Jesucristo Señor nuestro. A quien le hiciste nacer entre nosotros para que te satisfaciera por la deuda de Adán, para que con su muerte venciera a la nuestra, lavara nuestras manchas y delitos con su sangre a fin de que, ya que habíamos perecido por la envidia del espíritu maligno, resucitáramos por su clemencia. A ti, Señor, por sus méritos te rogamos y pedimos que nos atiendas a favor de los delitos de nuestros prójimos y no mires que no bastamos a pedir por nuestros propios crímenes. Tú, Señor clementísimo, vuelve a Ti con tu piedad acostumbrada a los que de Ti fueron separados por sus pecados. Acuérdate que no despreciaste las humillaciones del impío Acab, sino que diste largas a tu justicia. Oiste al penitente Pedro, le entregaste las llaves de tu poder; y aun al ladrón arrepentido abriste las puertas de tu reino. Por lo tanto, Dios clemente, acoge piadoso a estos por quienes te rogamos, admítelos de nuevo al regazo de tu Iglesia, de suerte que jamás prevalezca sobre ellos el enemigo. Reconcílielos contigo tu Hijo, purifíquelos El de toda mancha y admítalos a las delicias de tu sagrado convite. Y fortalézcalos de tal suerte con su Carne y su Sangre, que pasadas las tribulaciones de esta vida, puedan llegar a la gloria eterna.»

Luego todos arrodillados cantaban el Salmo LV «Miserere...» por medio del cual el Real Profeta ensalza la confianza en la misericordia divina, y el Prelado rezaba sobre los penitentes seis oraciones, de las que entresacamos las dos siguientes expresivas sobremanera:

«Atiende, oh Dios, a nuestros ruegos, y mírame con clemencia,

pues soy el que más necesito de tu misericordia; y ya que no por mérito propio sino por tu gracia me hiciste ministro de tus dones, socórreme a fin de que en mi ministerio obre conforme a tu piedad. Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.»

«Pedimos humildemente a tu Majestad, oh Dios omnipotente y eterno, que concedas benignamente el perdón de tu misericordia a estos tus siervos acongojados por la larga aspereza de su penitencia, a fin de que ya que les ha sido devuelta la vestidura nupcial, sean hallados dignos de entrar a la mesa real de la que habían sido despedidos.»

Y por fin les da la absolución general, los rocía con agua bendita, los inciensa, y dice: «Levantaos los que estais dormidos, salid de entre los muertos, y Cristo será vuestra luz.»

Así terminaba esta función: dejaban los penitentes sus cilicios, vistiendo de nuevo sus trajes propios, y asistían con los demás fieles a los Oficios del día, siendo admitidos a la santa Comunión.

Fíjense nuestros lectores cómo en todos los detalles de estas conmovedoras ceremonias brilla la compasión y amor de una madre para con sus hijos descarriados. Anímalos, fortalécelos, asegúralos; teme que no decaigan de su esperanza, procura que no desesperen, y si aprieta sobre ellos su mano es para reducirlos a mejor camino.

Tal es la obra de Dios en nuestras almas: en El se hallan abrazadas su justicia y su misericordia, ambas velan por sus mutuos fueros, pero si alguna lucha se entablara entre ellas, en esta vida siempre la segunda vencerá a la primera, al revés de la otra vida en que la justicia brilla con todo su fulgor. No sea, pues, esta conducta de Dios para con nosotros causa u ocasión de que abusemos de nuestro albedrío, antes al contrario, imprimamos en nuestro corazón tales sentimientos de compunción y dolor que, como dice nuestro Padre San Benito en su Regla (cap. XLIX), podamos todos esperar la Pascua con ansia de espiritual alegría.

O.

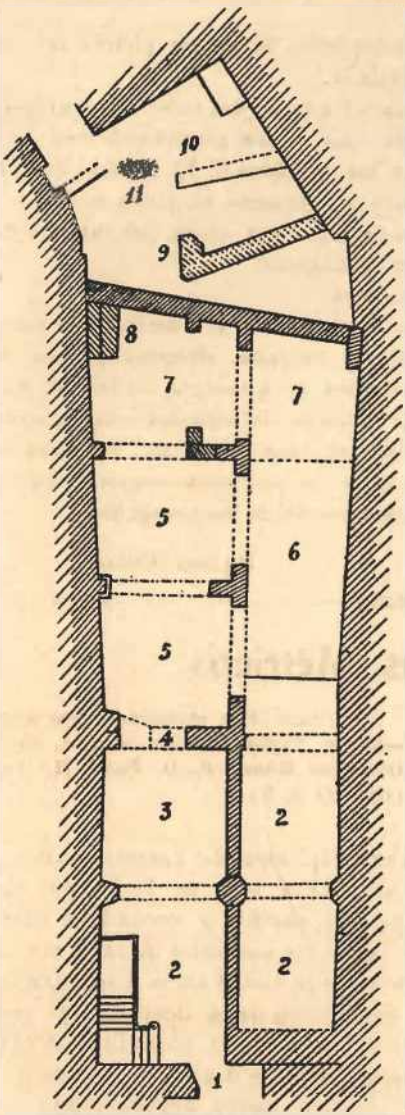
Topografía montserratina

Un detalle

Con este mismo título fué publicado en las páginas de esta Revista en Julio de 1911 un pequeño bosquejo histórico de las edificaciones realizadas en este Santuario. No pudo decirse entonces cuanto era posible, porque trabajos de tal índole van desarrollándose a la

par que por documentos o excavaciones se va haciendo luz sobre detalles de los mismos.

Con motivo de las obras emprendidas en este Santuario ha sido preciso realizar una extensa excavación a fin de edificar sobre tierra firme, ya que el piso sobre el que se quería levantar el edificio estaba formado por cascajos y ruinas de los edificios incendiados en Julio de 1811. Por las dos fotografías que publicamos en este número, nuestros lectores podrán hacerse cargo del lamentable estado en que quedaron las bodegas que reformara el Abad Garriga, y la mayordomía.



Una pregunta nos hemos hecho varias veces al contemplar esos arcos calcinados por el fuego, y cuya conservación hubiera sido del todo imposible intentar: ¿de qué época datan dichas construcciones? ¿Hasta qué punto llegaron las restauraciones efectuadas por el Abad Garriga en el siglo XVI? Ni un adorno, ni un detalle, ni siquiera una cifra han sido hallados que pudieran orientarnos en este punto, y considerando que el estilo de arco de medio punto y arco de herradura ha sido usado por largos siglos en las construcciones subterráneas, no cabe duda que, si no constara por otros documentos, lo mismo pudiera afirmarse ser del siglo XII que del XVII. Con todo consta que el Abad Garriga lo reformó, luego ya existía; además hay a su lado construcciones del siglo XVII que aparecen en estilo muy diferente (las de la antigua mayordomía), y en la parte E. aparecieron

vestigios de otras construcciones que por su composición y trabajo acreditan ser más antiguas, de suerte que en un mismo piso han sido halladas construcciones de tres épocas distintas, siendo las últimas las del siglo XVII.

Nos apresuramos a archivar todos estos datos que podrán tal vez esclarecer la historia de este Santuario.

Esta parte formaba antiguamente los bajos del refectorio antiguo, cocina y parte de la mayordomía, que en los planos publicados en esta Revista en Julio de 1911 son los números 6, 12 y parte del 13, letras F, M, y N. El plano adjunto lo debemos al joven monje don Emilio Butruille, del monasterio de Solesmes, quien por razones de salud pasó una temporada en este Monasterio.

Las indicaciones son las siguientes:

Núm. 1: Puerta de la antigua mayordomía; 2: Vestíbulos y escalera; 3: Patio interior; 4: Antigua ventana, después puerta de comunicación a las bodegas; 5: sótanos de la antigua cocina; 6: Antiguo patio de comunicación; 7: Sótanos del refectorio antiguo; 8: Pequeña construcción de ladrillo (se ignora su uso); 9: Pared de construcción anterior; 10: Vestigios de antiguas construcciones; 11: Restos humanos del antiguo cementerio de los peregrinos.

RAMÓN COLOMÉ

«Il Cursus Métrico»

e il ritmo delle melodie gregoriane. —Roma, Tipografía del Senato. 1913. Obra del Rdmo. P. D. Pablo M.ª Ferretti, O. S. B.

EL Reverendísimo Padre Abad D. Pablo M.ª Ferretti, O.S.B., es suficientemente conocido, sobre todo en Italia, por sus estudios gregorianos que cultiva con cariño y verdadera competencia, siendo uno de los más decididos apóstoles de la causa de la música religiosa. Su última obra, de la cual vamos a ocuparnos, es un modelo de claridad en la exposición de la doctrina, y una nueva prueba de su amplia erudición, avalorada todavía más con la gran modestia que le hace sobradamente digno de la consideración de los que leyeren su libro, el cual cierra agradeciendo ya de antemano a cuantas justas observaciones le presenten. Sólo por este motivo nos atreveremos nosotros a exponer nuestro humilde criterio, en algunos puntos no del todo conforme con la opinión del sabio abad.

El objeto de la obra es averiguar si el *cursus*—estilo o manera de combinar las palabras al final de las cadencias—que intervino en la formación de las cadencias gregorianas fué el llamado *cursus métrico*—basado en la cantidad de las sílabas—, o el *cursus tónico*—que sólo tiene cuenta del acento y del número de palabras—, llamado también *rítmico*. El autor, después de haber hecho constar muy acertadamente que el cursus tónico es como una derivación o evolución del cursus métrico, manifiesta ya francamente su tesis: *defender que fué el cursus métrico y no el tónico el que rigió única y exclusivamente en la formación de las cadencias musicales gregorianas*. En la primera parte de la obra explica lo que fué el cursus métrico literario; y en la segunda qué es el cursus métrico musical en el canto gregoriano, ampliando el tratado con la doctrina de los teóricos medioevales.

Imposible seguir al autor en toda la amplitud con que expone su sistema, ni aun, dada la índole de nuestra Revista, en las proporciones que lo hemos hecho en otra publicación musical.

En la *primera parte* es digno de notarse que entre varios principios que sienta el P. Ferretti, uno es acerca la indivisibilidad del tiempo rítmico unidad, el tiempo primero, χρόνος πρῶτος o sea correspondiente a la cantidad breve (υ) en la métrica; tiempo que se llama indivisible, ἀσύνθετος, porque si bien pueden dos breves, dos tiempos unidad, formar una cantidad larga (—) o sea un tiempo doble, nunca la breve se formará de dos cantidades menores, o el tiempo unidad musical se compondrá de valores inferiores a él. Dice muy bien el P. F. que el valor medio de ese tiempo unidad debe estar relacionado con el ἀγωγή, o sea el aire general, o movimiento que se dé a la pieza, y según el P. F. deduce de Hucbald († 930) en la página 13, conforme a la *mora*, otra acepción de esta palabra, a la cual tantos significados se le ha querido dar. En esto hemos de agradecer al sabio autor que haya fundado una vez más en la práctica de los antiguos la doctrina que siempre en la Escuela Solesmense hemos defendido contra los mensuralistas.

El P. F. insiste mucho en hablar del cursus métrico aún en los escritores cristianos del siglo tercero al séptimo. Aquí nos permitiremos alguna observación, máxime por el precedente que podría sentarse para la formación del ritmo gregoriano.

No es de extrañar que los primeros escritores cristianos hubiesen sentido toda la influencia del estilo clásico, o sea del latín sabio, «sermo urbanus», y que, teóricamente, en los primeros siglos a lo menos, a él se hubiesen atenido; pero no hay duda que iniciándose desde luego en el latín cierta transformación obrada por el acento tónico, se acomodaron pronto a la nueva orientación, en especial

cuando desde el siglo IV el latín fué puesto en boca de todo el pueblo, cuyo influjo ya reconoce el mismo P. F. en la página 41. Así pues, desde los siglos IV y V los cursus parecen ser *mixtos* o de *transición*, a saber, que muchos de ellos pueden considerarse como métricos y como tónicos; porque a partir de aquella época, el acento intensivo triunfa de la cantidad prosódica, e influye poderosamente así en la prosa como en la poesía y en la música, y esto en los precisos momentos en que debemos colocar la formación del canto gregoriano. Ciertamente que la analogía externa existía entre los dos procedimientos—el métrico y el tónico — y que la teoría conservó aún la técnica antigua, pero distanciándose cada día más de ella la práctica. Ya es sabido que muchas veces la práctica precede al sistema, y que conservándose aún en la didáctica preceptos y axiomas antiguos, en la práctica se cultivan, no obstante, nuevos procedimientos que si aun no han obtenido los honores de la ciencia preceptiva, es quizás, entre otras causas, por no haberse podido formular todavía bien detalladamente los principios del nuevo sistema.

Además, es ya cosa muy corriente el aceptar que aun en la época clásica se admitían composiciones sujetas a reglas de acentuación tónica, o ritmos populares, que fácilmente obtuvieron favor en todas partes, y fueron el fundamento de la poesía tónica que, perfeccionada más adelante, alcanzó éxito completo.

Téngase también presente que la forma literaria de las primeras traducciones de la Sagrada Biblia al latín no obedecían a leyes métricas, y que, por el uso que de las mismas se hizo, debieron influir también notablemente en la práctica del latín entre los fieles. Esto en lo tocante a la primera parte.

* * *

En la *segunda parte* el P. Ferretti entra a hablar del pie métrico-musical gregoriano, diciendo que lo que en la métrica literaria obraba la cantidad de la sílaba, aquí lo representan las notas reunidas en número mayor o menor y agrupadas en diversas formas melódicas. El autor nos habla de esto como de cosa evidente, sin duda por la clara intuición que él demuestra tener del asunto, pero es muy fácil que no todos lo vean del mismo modo.

Recuérdese por de pronto lo que hemos dicho acerca el valor del acento y el descuido de la cantidad métrica precisamente en los días de la formación del canto gregoriano. Pues bien, sería cosa muy de extrañar que olvidándose ya la cantidad de las sílabas en la prosa literaria y aun en la música, como nos lo demuestra palpablemente el mismo canto gregoriano, y el P. F., sin duda, reconocerá,

se intentase, por otra parte, hacer respetar tan escrupulosamente la teoría métrica en la combinación de los sonidos, en aquella misma música que no respetaba la cantidad del texto que quería adornar.

Lo que nosotros vemos claramente estereotipado en la combinación de las notas en el canto gregoriano es el deseo que tenía el compositor de *hacer música*, es decir, el profundo sentido estético, el refinamiento del gusto, el delicado proceder rítmico, la experta mano en el dibujo melódico que haciendo resaltar el acento, sabía prescindir de la cantidad. Varios ejemplos propone el P. F. como comprobación de su aserto; no podemos examinarlos todos; tomemos no más dos, el *oportet* y el *próspere* que cita en la página 92 como modelos de *pie moloso* en forma típica modulante—correspondientes al Communio de la Dominica infra-octava de Epifanía, y al Graduale del día de Santa Cecilia,—en ellos no sabemos ver otra cosa sino que el compositor ha querido contornear delicadamente el dibujo melódico, facilitando, en el primero, el paso a la tónica o nota de reposo, y en el segundo, precisando el revoloteo comenzado en la palabra anterior, e iniciando suavemente el paso a una nueva dominante en forma de modulación que da suma variedad a la frase.

* * *

Los grupos de notas que el P. F. llama *forma típica*, *descompuesta* y *contraída* del pretendido pie métrico gregoriano obedecen, según nuestro parecer, a otro criterio muy diverso del de la métrica. En aquellas combinaciones, que nosotros llamaremos rítmicas y no métricas, lo que salta a la vista es lo que se conoce con el nombre de *timbres* o motivos melódicos de que el compositor sabía usar con suma destreza y habilidad, transportándolos de un lugar o modo a otro; mas como no siempre disponía de idéntico número de sílabas y el acento no ocupaba el mismo lugar en los diversos textos a que debía aplicarse el motivo musical, el compositor sabía recurrir en estos casos a la *diéresis*, *contracción*, *supresión* y *adición*—procedimientos rítmicos de adaptación—sin sentir para nada necesidad de la métrica.

* * *

Intimamente relacionada con este punto viene la aclaración de un texto de Guido de Arezzo: «aliquando una syllaba unam vel plures habeat neumas; aliquando una neuma plures dividatur in svllabas.» Exacta parece aquí la traducción que de la palabra *syllaba* da el P. F. equiparándola a sílaba del texto, y no a sílaba musical

Pero en cuanto a la palabra *neuma*, sea que se traduzca por *neuma —grupo*, como hace el P. F., sea por neuma—distinción melódica, como otras veces hace Guido: «ipsaeque (syllabae) solae vel duplicatae *neuman* id est *partem* constituunt cantilenae; et pars una vel plures, *distinctionem* faciunt, id est congruum respirationis locum» (Microl. cap. XV), en uno y otro caso, decimos, no se deduce nada necesariamente en favor de la métrica, como cree el P. F., sino que ello encuentra explicación satisfactoria en lo que hemos dicho del timbre melódico en forma típica, descompuesta o contraída. Es decir, que por razón del número de sílabas y del acento, y no por la cantidad, el compositor usaba de las mencionadas licencias y recursos rítmicos de adaptación.

* * *

Habiendo expuesto la interpretación del texto guidoniano viene ahora a propósito examinar lo que el P. F. trata en el capítulo XX acerca la teoría rítmica de los teóricos medioevales, apoyándose en ellos para fundar su proposición o sistema métrico. No deja de extrañarnos cómo el sabio abad dedica a estos tratadistas tantos apartados, cuando el mismo en las páginas 108 y 220 viene a declarar francamente la poca claridad de aquellos teóricos, la dificultad de interpretarlos en el justo término, la brevedad con que ellos se ocupan del ritmo, y cómo basándose en ellos se han podido excogitar sistemas rítmicos diametralmente opuestos. Así es en verdad. Sus obras más bien parecen tratados de matemáticas o cabalística que no de un arte simplicísimo y espiritual como es el canto gregoriano, y si se ocupan de ritmo, no saben hacerlo con otros términos que los de la música y métrica griegas, aun cuando en Occidente habían aquéllas caído completamente en desuso y teníamos aquí música propia. Pero, no se deduzca de aquí que nosotros rehusemos completamente toda autoridad a aquellos tratadistas. Don Mocquereau usa a este propósito de una comparación muy exacta. Los arqueólogos romanos, dice, que han emprendido el estudio de las catacumbas disponen para ello de obras escritas, tales como sacramentarios, actas de mártires, itinerarios, etc... Mas cuando ellos personalmente pueden descender a aquellas sagradas mansiones, entonces la investigación es más sólida, y, libro en mano, pueden comprobar por ellos mismos lo que han leído, y aun, a veces, rectificar quizás equivocadas interpretaciones. Pues bien, una cosa parecida pasa en el canto gregoriano. Tenemos los tratadistas, a veces con pasajes sobradamente obscuros; pero si bajamos a nuestras catacumbas musicales, aquí representadas por los manuscritos de la edad feliz del canto litúrgico, especialmente los más ricos en

anotaciones rítmicas, entonces nuestro estudio adquirirá más solidez, y allí mismo encontraremos solución satisfactoria a los pasajes obscuros y rectificación a torcidas interpretaciones mientras sentiremos revivir el alma cristiana de nuestras venerandas melodías. ¡Cuánto mejor es hacer esto que aventurarnos a simples conjeturas! Entonces veremos también que muchas de las expresiones de los tratadistas deben tomarse como dichas «per similitudinem» o analogía externa con la métrica.

* * *

Dejando, por no alargarnos demasiado, el argumento que de las variantes, aun de simple escritura, podría deducirse en contra del origen métrico de las cadencias gregorianas, y prescindiendo de la cabida que en este sistema puedan tener las anotaciones rítmicas de los manuscritos, haremos notar que a un mismo pasaje puede aplicarse diversa interpretación métrica, según lo practica el Padre Ferretti, lo cual no redunda ciertamente en favor de un origen métrico del ritmo gregoriano. Además, el P. F. acepta, por lo menos en la práctica, que toda cadencia espondaica (queremos decir según nuestra teoría, espondaica tónica, o sea palabra llana o paroxitona) recibe doble valor en sus dos sílabas, lo cual creemos que nunca podrá fundarse en los manuscritos: será un sistema, pero no una traducción rítmica de las notaciones antiguas, por lo cual podrían muy fácilmente modificarse un gran número de los ejemplos que como métricos ofrece el P. F.

* * *

Parece que el autor, para dar solución según la métrica al caso de final en palabra esdrújula con dos notas en la segunda sílaba—que él equipara a cadencia espondea descompuesta—se inclina a creer, sin decirlo abiertamente, que hay disminución de valor en la segunda de aquellas dos notas, con lo cual cae, a nuestro modo de ver, en la teoría mensuralista que en un principio había discretamente rechazado. Se apoya para ello en cierta anotación rítmica, o sea la c (celeriter); pero aparte de que, como sabe muy bien el P. F., no podrán jamás los mensuralistas acogerse a aquella letra de los manuscritos para defender su teoría, diremos que no tiene equivalencia el caso de que tratamos con el otro de la página 164, pues allí el significado creemos que es más bien negativo, advirtiendo al cantor que no dé, distraído, más valor a la primera nota de la clivis, a causa de la semejanza con otros casos análogos. Lo que dice en la página 166 es de fácil explicación, porque aquí se trata de cadencia media, y en el anterior de cadencia final o de frase.

***

El sabio abad termina su obra proponiendo modelos de frases enteras acomodadas a la métrica. Una vez más hemos de hacer constar que nos admira su trabajo; pero con la misma confianza que nos inspira su benevolencia, hemos de decir que aquí menos aún nos convence.

Claro que fundándose el ritmo gregoriano en las divisiones binarias y ternarias podrá encontrarse siempre *parecido externo* con los pies métricos, pero nunca demostrará esto el principio interno a que aquellas divisiones deben su existencia. Las divisiones binarias y ternarias están a la base de todo ritmo, pero no son su causa. Por el contrario, es el ritmo quien, con toda la complejidad de sus movimientos, con su ir y venir, con la mayor o menor energía con que marca sus pasos, produce aquellas divisiones, aquellas porciones ínfimas que facilitan la inteligencia total de la frase si se subordinan unas a otras obedeciendo al mismo principio sintético del ritmo. Esto es lo que hace resaltar la unidad interna del conjunto, y no la yuxtaposición de pies métricos, tan hábilmente, por otra parte, descrita por el P. F.

***

Para terminar hemos de repetir que no hemos hecho más que exponer en síntesis nuestro humilde juicio, y que en ningún caso hemos pretendido alzarnos como jueces de una obra de alta erudición que de veras admiramos.

Así pues, aun haciendo constar que no siempre hemos sabido compartir con el sabio musicólogo en sus apreciaciones, juzgamos, sin embargo, su trabajo meritísimo y muy digno de ser tenido en cuenta.

GREGORIO M.ª SUÑOL

RESOLUCIÓN IMPORTANTE

Lo es en gran manera para los españoles la respuesta de la Sagrada Congregación del Concilio dada a 24 del mes de Enero próximo pasado y aprobada por Su Santidad Pío X a 29 del propio mes.

Con ella se resuelve una dificultad y se pone término a una disputa sostenida durante algunos años por los (teólogos.

Se concede que pueda condimentarse con manteca en vez de aceite), tanto en la comida como en la colación de la noche, en todos los días de ayuno no exceptuados en el Indulto cuadragesimal o de carnes; esto es, todos los días, a excepción del miércoles de ceniza, de los viernes de Cuaresma, de los cuatro últimos días de Semana Santa y de las cuatro vigilias de Navidad, Pentecostés, San Pedro y San Pablo y Asunción de Nuestra Señora.

BIBLIOGRAFÍA

Historia de los Papas desde fines de la Edad media, por Ludovico Pastor, tomo V (vol. XI y XII), Barcelona, G. Gili, 1911.

Abarcan estos dos volúmenes, últimos de la obra, el Pontificado de Paulo III (1534-1549), uno de los más laboriosos y agitados de la presente época. Hechura de Alejandro VI y semejante a él en sus mocedades, Alejandro Farnese (que así se llamaba antes Paulo III) a medida que fué creciendo en edad, se fué reformando en las costumbres, de modo que en los últimos conclaves anduvo muy cerca de ascender al Solio Pontificio, lo cual consiguió con rara unanimidad a la muerte de Clemente VII, haciéndose la elección con inusitada rapidez. No desmintió Paulo III la confianza en él depositada por el Sacro Colegio, y con la experiencia que llevaba al cabo de cuarenta

años de Cardenalato, trató luego de poner mano a la obra de la reforma de la Iglesia, tan necesaria en aquellos malhadados tiempos. Para este fin resolvió convocar un Concilio ecuménico, y el autor gasta casi todo el primer volumen y buena parte del segundo relatando las negociaciones encaminadas a este objeto, que frustró durante diez años «la política suicida» de Carlos V y Francisco I con rivalidades y eternas contiendas. Este, aun vanagloriándose de ser rey *cristianísimo*, no dudó en aliarse con los turcos—acto indigno—y apoyar a los protestantes para humillar al austriaco, si bien no permitió que los novadores propagasen perniciosas doctrinas en su reino. Carlos V, con ser rey *católico* y proclamarse *Protector* de la Iglesia, como Emperador, molestó de mil maneras al Vicario de Cristo con sus exorbitantes exigencias y arbitrariedades, propasándose muchas veces más de lo que la razón y la conciencia permitían, amenazando de continuo con cismas y concilios nacionales, no escuchando a los Nuncios y Legados, o desfogándose indecorosamente con ellos, prohibiendo a los Cardenales de sus Estados usar las insignias de su dignidad, reteniendo a los Obispos y no permitiéndoles obedecer al Papa, concediendo el matrimonio a los sacerdotes germánicos y el uso del cáliz a los legos y, en fin, empeñándose en que se disputasen cosas ya definidas por la Iglesia en sus Concilios. Puso mil obstáculos a la celebración del de Trento, y no pudiendo conseguirlo, mientras se celebraba continuó molestándole, y al fin por su causa hubo de suspenderse después de trasladado a Bolonia, a donde no quisieron ir los Prelados adictos a su persona. La conducta desdichada de Carlos V puede considerarse como el programa que por lo ordinario siguieron después los austriacos y Borbones hasta nuestros días. «Causa dolor profundo, dice el autor, contemplar a un monarca de tan altas dotes y tan sinceramente adicto a la religión, metiéndose entre los mayores afanes y padecimientos corporales, por un camino enteramente equivocado, por un juicio erróneo acerca de las cuestiones dogmáticas y de los poco escrupulosos consejeros políticos.» (XII 353). Entre estos sobresalía el canciller Granvella, una especie de Canalejas de aquel tiempo.

En el Concilio de Trento (desde Diciembre de 1545), que ocupa el capítulo X (tomo XII), no sabe uno que admirar más, si la flaqueza humana y las miserias a ella anejas, que tanto allí se hicieron sentir, o la asistencia divina en la Iglesia y en el Vicario de Cristo. Jamás se había visto tan poca concurrencia de Obispos en semejantes asambleas, que apenas bastaba para un Concilio nacional. Gran parte de la culpa la tenían los monarcas sobredichos, que por desgracia consiguieron su intento paralizando los trabajos que de otro modo y con menos tiempo se habrían llevado felizmente a cabo.

La obra reformadora de las Ordenes religiosas llena los capítulos VI y VII, o sea el último del volumen XI (1) y primero del XII. Aquí trata únicamente de la Compañía de Jesús, a la cual dedica cien pá-

(1) No estamos conformes en atribuir al Cardenal Gregorio Cortese, O. S. B., la reforma de los benedictinos, ni aun de los italianos, pues aun no había él nacido, y por tanto mucho menos entrado en la Orden, cuando ya existía la reforma de Santa Justina. Dígase lo mismo de la Bursfeldense en Alemania y de la Vallisoletana en España, en las cuales no tuvo la menor parte el insigne Cardenal benedictino Casinense.

ginas, escritas con visible afición (1). El capítulo XV (último de la obra) trata del mecenazgo de Paulo III respecto de las ciencias y de las artes.

El único borrón que mancilla el Pontificado de Paulo III es su notable nepotismo, que al fin, después de muchos y grandes disgustos, vino a causarle la muerte el 10 de Noviembre de 1549, a la edad de 82 años, por una desobediencia de Octavio Farnese.

Si todos los volúmenes de la obra del hoy ya sexagenario Pastor llaman la atención del lector por su mucha y variada erudición, en estos se echa más de ver por razón de las fechas y anotaciones, para lo cual se necesita realmente paciencia de benedictino, igualmente que para leerlo. Es una obra magistral que bien merece hallarse, no ya tan sólo en las bibliotecas de alguna importancia y por eso no cesamos de recomendarla, sino también en las de toda persona ilustrada.

FAUSTO CURIEL

Misiones del Paraguay. Organización social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús, obra escrita por el Padre Pablo Hernández, Religioso de la misma Compañía, dos tomos. Barcelona, Gustavo Gili. Los dos tomos 30 pesetas.

En este año de feliz memoria para la Compañía de Jesús, pues celebra su gloriosa restauración por el inmortal Pontífice benedictino Pío VII, el P. Pablo Hernández ha hecho una obra meritoria a la misma Compañía, y que se lo agradecerán en el alma todos los amantes de esta, poniendo en claro una de las cuestiones por la cual ha sido tan injuriada la Compañía de Jesús, a la vez que loada por cuantos comprenden lo que es estar lejos de la patria trabajando en la propagación de la fe. Esta cuestión que tanto ha hecho gemir a las prensas, es la de las Misiones del Paraguay, cuestión tan traída, que después de pasado un siglo, todavía los más imparciales no sabían a qué atenerse respecto al particular. El P. Hernández, con una paciencia que le honra en gran manera, ha recorrido los archivos, ha viajado por los mismos lugares donde se desarrollaron los sucesos, ha sacudido el polvo de innumerables legajos, y después de tanta labor, ha presentado al público su gigantesco trabajo sobre las Misiones del Paraguay, deshaciendo con los formidables golpes de testimonios fehacientes las ridículas versiones que el odio y la mala fe levantaron contra los beneméritos hijos de San Ignacio del Paraguay. No hay calumnia que no

---

(1) Con motivo de la venida de San Ignacio a Montserrat, y de la *famosa espada* que colgó el Santo ante el altar de Nuestra Señora, vemos una nota (XII, pág. 5) en que se dice que fué fué llevada a Barcelona y que actualmente está en la iglesia de Jesuítas de Barcelona, y añade: «Recientemente ha sido puesta en duda su autenticidad con motivos insuficientes en la *Revista Montserratina* (1907) 120.» Creemos que la nota es del P. Ruiz Amado, traductor de esta obra. Nosotros responderemos que no lo estimaron así las dos importantes Revistas «Estudios franciscanos» y «Razón y Fe.» Mas ya que nos viene a mano, añadiremos otro nuevo testimonio, para nosotros de suma importancia. Es del Rmo. P. Domingo Filgueira, Abad que era cuando sucedió la gran catástrofe de Montserrat (1811). En su *Compendio de la Historia de Montserrat*, que conservamos manuscrito, dice así, pág. 504: «Sus escritos (del V. José de San Benito) hasta las últimas ruinas, se conservaron de su misma letra dentro de un baulito en el Armario público *en que también estaba la espada de San Ignacio de Loyola*, entregada a los pies de aquella Señora en el feliz momento de su conversión a vida perfecta.» Nos abstenemos de comentarios.

quede desvanecida con los nuevos datos aportados por el P. Hernández. Aun los mismos enemigos de la Religión, como Voltaire, D'Alembert Montesquieu, Raynal, desfilan en ella para hacer resaltar con sus elogios la obra evangélica de los Jesuítas en el Paraguay, sin duda el florón más bello de la Compañía de Jesús, pues lo que ella hizo a favor de aquellos pobres indios antropófagos y niños perpetuos fué una obra casi única en su clase. Las leyendas sobre las talegas de polvo de oro, el reino jesuítico, los millones que sacaban del sudor del indio quedan pulverizados gracias al celo del Padre Hernández, pudiéndose decir, que después de este gigantesco trabajo, la calumnia ya no podrá levantar cabeza en esta cuestión, antes por el contrario, todo historiador imparcial tendrá que corear con los señores Obispos, que visitaron las reducciones de los jesuítas, las justísimas alabanzas que merecieron de ellos los hijos de San Ignacio.

Felicitamos al sabio autor y le deseamos que su obra tenga una benévola acogida para que, en nuestros días de grosero materialismo, sirva de ejemplo y de palpable muestra de cómo la Religión es capaz de realizar hasta lo inverosímil un cúmulo de tantas grandezas, y al mismo tiempo de cómo forma en su seno verdaderos héroes, que después de haber dejado los intereses humanos, su patria, sus comodidades, sus padres y amigos, se sepultan entre salvajes, con el único fin de trabajar asiduamente en la mayor gloria de Dios.

B. A.

LIBROS RECIBIDOS Y REVISTAS: Véanse las cubiertas.

VARIEDADES

CRÓNICA DE MONTSERRAT

Noticias generales

Contra lo que era de temer, dados los principios inclementes de un rigurosísimo Febrero, hemos gozado durante todo el mes, por regla general, de una apacible y envidiable temperatura; y aun cuando persiste en Montserrat, como en casi toda la región, la sequía que esteriliza nuestros huertos y sembrados, podemos dar muchas gracias al Señor, que ha tenido misericordia de nosotros, enviándonos, después del furioso vendaval, una suspirada lluvia, que vino a aminorar los daños que amenazaban este año a la agricultura catalana: y debemos pedir confiados que nos depare el cielo buen tiempo durante la primavera, para merecer nuevos favores y bendiciones

sobre nuestros campos, que tan triste aspecto ofrecen al presente. Al paso que abonanza el tiempo aumenta el movimiento en nuestro Santuario; y como verán nuestros lectores, el mes de Febrero del presente año señala como el principio de anticipada temporada de devotos visitantes de Nuestra Señora de Montserrat.

Todos los días se ven multitud de noveles esposos que, o vienen a celebrar sus bodas en esta Basílica delante de la Virgen de estas Montañas, o vienen a implorar su bendición por el nuevo estado que han abrazado; en especial aumentó el número de matrimonios en los últimos días de Carnaval, antes de cerrarse las Velaciones. Han menudeado los automóviles y vehículos de toda especie, en los días festivos principalmente.

Se van terminando varias de las obras iniciadas en el pasado año y de las que dimos cuenta en esta sección; como por ejemplo, la sala espaciosa para elaborar los «aromas del Montserrat»; el motor de la Fuente de Santa Cecilia, etc.: del arreglo y pintura al óleo de los aposentos de San José y de Nuestra Señora y otras importantes mejoras que van a iniciarse nos ocuparemos en ocasión oportuna.

Fiesta de la Purificación.—Aprovechando la concurrencia de dos días festivos, muchos devotos de Nuestra Señora han subido a nuestro Santuario en los dos primeros días del mes. Llegaron los trenes repletos de pasajeros, el día 1, y el día 2 vimos a siete u ocho automóviles de propiedad particular, y se despacharon muchos aposentos como si nos hallásemos en la temporada de grandes concursos.

La solemnidad de la fiesta religiosa se vió realzada por escogida y no escasa concurrencia. El Rdmo. P. Abad D. José Deás celebró la augusta ceremonia de la Bendición de las Candelas y presidió la acostumbrada procesión por el interior de la Basílica y por los claustros del Monasterio.

En aquella misma hora, el Rdmo. P. Abad Coadjutor, D. Antonio M.ª Marcet, admitía en la Capilla del Seminario Conciliar de Barcelona a más de ochenta seminaristas, como oblatos de la Orden de San Benito. Según testimonio autorizado, fué una hermosa y conmovedora función, que dejará grato recuerdo en cuantos pudieron presenciarla. No nos extendemos más, por tratarse de esta noticia en la sección de «Noticias de la Orden.»

Hallándose el mismo Rdmo. P. Abad Coadjutor en Barcelona, recibió en el puerto y acompañó por la ciudad durante pocas horas, al Rdmo. P. Lorenzo Zeller, Abad de Seckau (Austria), que se detuvo aquel corto espacio de tiempo para visitar nuestra urbe. A su regreso del Brasil, adonde iba de Visitador Apostólico de la Congregación benedictina de aquella región, confiamos tener el honor de poderle hospedar unos días en nuestro Monasterio.

El Rdmo. P. Mauro Etcheverry.—En dos diversas ocasiones hemos tenido entre nosotros a este Rdmo. P. Consultor de la Provincia francesa de nuestra Congregación, y recientemente nombrado Visitador Apostólico extraordinario de la Orden de la Merced. El día 5 llegó de Barcelona y el día 6 partió de Montserrat, acompañado del Rdo. P. Romualdo Simó, Subprior del Monasterio, para principiar la visita canónica a las Casas Mercedarias de Barcelona y Palma de Mallorca. El día 17 nos visitó de nuevo y pudimos gozar de su amable compañía hasta el día 21, en que partió para Lérida para continuar su misión por España y América del Sud. ¡Que la Virgen de Montserrat acoja benigna las súplicas que le dirigimos por el feliz éxito de su viaje!

Motocicletas y Cicle-cars.—En el concurso que de estos cicle-cars, motocicletas y automóviles de carrera tuvo lugar el día 8 de Febrero en el vecino pueblo del Bruch, la sociedad organizadora «Moto Club Deportivo» impuso la obligación de continuar la carrera hasta el Monasterio de Montserrat. Por este motivo el día 8 fué de continuo ajetreo de autos, motos y ciclos de todas especies y dimensiones por las carreteras de Montserrat. Baste decir que pudimos contar 10 automóviles de carrera, 19 cicle-cars, 10 motocicletas y 8 bicicletas, siendo más de 170 los comensales que tenían cubierto en la mesa preparada al efecto por los señores Perelló y Busquets en el Restaurant del Monasterio.

Fiesta de Santa Escolástica.—Se solemnizó con el canto de Prima, Tercia, Misa solemne y Vísperas como en los días festivos.

Quincuagésima.— Desde este día hasta el martes siguiente inclusive, tuvimos a Su Divina Majestad expuesta solemnemente durante 40 horas, para ganar las indulgencias concedidas a los que practican esta devoción y al propio tiempo para reparar las ofensas que en aquellos días principalmente recibe el Señor, con ocasión de los nefandos desvaríos de carnaval. Todos los días se cantó solemnemente la Prima antes de las 7 con exposición del Santísimo, y por la tarde se cantaron también las Vísperas solemnes a canto gregoriano antes del Rosario, Salve y Gozos, todo lo cual terminaba cerca de las siete y media con la Reserva del Santísimo. Según la rúbrica para la Exposición de las 40 Horas, el primer día se cantó todo el «Pange Lingua», siguiendo las Letanías de los Santos, y con los mismos cantos se finalizó la función del último día. La Rda. Comunidad de monjes y escolanes, en turnos de 3 o 4, hacía la vela durante todo el día, secundada en ello por algunas personas devotas que nos acompañaban en aquellos días de santo recogimiento y silenciosa reparación en este lugar de retiro

El martes toda la Comunidad fué obsequiada con un notabilísimo concierto por el eminente maestro Sr. Granados, que desde algunos días se hallaba de huésped en este Monasterio. Con la maestría que todos le reconocen ejecutó varias piezas propias y de afamados autores, como Chopin, Saint Saëns, Scarlatti, Beethoven, etc., causando profunda emoción y explosiones de entusiasmo que era difícil contener al finalizar cada una de las obras el insigne concertista de piano. Asistieron los Rdmos. PP. Abades, con los monjes y escolanes, todos los cuales quedaron sumamente complacidos y agradecidos al obsequio del ilustre maestro, a quien ovacionamos y deseamos que lleve a feliz término las tournées artísticas por el extranjero que va en breve a verificar. El último día del mes se ha cantado una letrilla compuesta exprofeso para los escolanes de Montserrat por el maestro Granados, de corte originalísimo, saturada de espiritualidad, y no exenta de difíciles modulaciones, que han superado victoriosamente la destreza y afición artística de los niños escolanes bajo la dirección del P. Ferrer.

Miércoles de Ceniza.—Principiamos el 25 de este mes el santo tiempo de abstinencia y ayuno cuadragesimal, con la solemne ceremonia de la bendición e imposición de las cenizas. Celebró dicha función el Rmo. P. Abad D. José Deás, asistiendo toda la Comunidad al Presbiterio.

Huéspedes del Monasterio.—A más de los referidos anteriormente, como el Rmo. P. Mauro Etcheverry y el maestro Granados, debemos mencionar a algunos Padres Capuchinos, entre ellos el R. P. Víctor de Manresa, que vino a despedirse de la Virgen de Montserrat antes de partir para las misiones de Colombia, donde ha sido últimamente destinado: al Rdo. Sr. Ramón Puigpelat, de la diócesis de Vich, que tiene pedido el hábito de San Benito en este Monasterio: al Rmo. Padre Visitador de la Provincia y el Rdo. Padre Columbano Cucurella, mayordomo del Monasterio del Miracle: al Rdo. D. Luis Ubach, Pbro. Beneficiado de Tarrasa: al Rdo. D. EmilioButruille, de Solesmes, que acompañó desde Francia a varios sacerdotes, entre los que recordamos al Canónigo H. J. Mousse, de Tours; y a los Rdos. E. Vauyanis, de Tours, Gabriel Gabillet, de id.; Henri Roussel, Louis Guyonvarc'h de Vannes, y Paul Hennequin, de la diócesis de Metz.

Visitantes ilustres.—El M. I. Sr. Dr. D. Leandro Sánchez, Magistral de la Catedral de Oviedo, que vino a visitar este Santuario después de la conferencia notabilísima que dió en el Círculo Tradicionalista de Barcelona: el Sr. Pañella, concejal del Ayuntamiento de Barcelona, etc., etc.

Visitas colectivas.—El domingo después de la Purificación, llegó una sección de socios de la «Lliga Espiritual de Nostra Senyora de

Montserrat,» que continuó este año la costumbre que tiene dicha Asociación de verificar una excursión anual a pie a nuestro Santuario: también han llegado en diferentes ocasiones varios colegios de niños, entre los que apuntamos una sección del Colegio que los Padres Escolapios dirigen en la ciudad de Tarrasa: el Colegio parroquial de Sta. Ana y otro colegio municipal de la villa de Monistrol, acompañados estos últimos por el Rdo. D. Joaquín Cañis, Cura-párroco.

Monasterio de Montserrat, 28 Febrero de 1914.

R. A.

NOTICIAS MARIANAS

MONTSERRATINAS

La fiesta de Ntra. Sra. de Montserrat, Patrona de Cataluña

Por decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de 7 de Enero, y conforme a los últimos decretos de la Santa Sede, desde el próximo año de 1915 la fiesta de Ntra. Sra. de Montserrat ha sido fijada perpetuamente para el día 27 de Abril; mas, conforme al decreto de Octubre de 1913, título 1, n.° 2, puede la solemnidad externa ser trasladada al domingo inmediato siguiente.

Recomendamos se fijen en esta determinación los redactores de Calendarios, Almanaques, etc.

FIESTAS MOTSERRATINAS EN NÁPOLES

Del Rmo. P. Agustín Costa acabamos de recibir la siguiente hermosa narración:

Numerosas son en Europa, lo mismo que en América, las iglesias y capillas que, bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat, recuerdan al orbe entero la dominación española, siendo juntamente monumentos fehacientes de la religiosidad de nuestros antepasados y de la mundial celebridad del Santuario catalán.

Italia que por tantas centurias, desde la dominación aragonesa en Nápoles y Sicilia, continuó sujeta en su mayor parte al dominio de España, no podía menos de conservar en su suelo algún templo dedicado a la sin par Morenita, y en efecto, guarda todavía, no uno, sino varios. No es ahora nuestro objeto enumerar ni historiar tales capillas: vamos solamente a hacer una modesta reseña de los espléndidos

y sclemnes festejos que acaban de desarrollarse en Nápoles con motivo de la restauración, consagración e inauguración de la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, reseña que creemos adeudar a los asiduos lectores de esta REVISTA, a quienes tan de cerca interesa cuanto con Montserrat y su excelsa Reina se relaciona.

Pocos o ninguno de éstos ignorará que desde muy remotas edades existe en Nápoles una iglesia consagrada a la Virgen de Montserrat, por haberse en más de una ocasión hablado de ella en las páginas de la REVISTA MONTSERRATINA. A la graciosa imagen de la Morenita Napolitana, en un principio venerada en la iglesia de San Pedro Mártir, erigiósele más tarde un templo en la Rua Catalana por morar en ella la colonia idem; pero habiéndose debido derribar dicho templo en 1898 a causa de las obras de higienización del barrio de Porto en que estaba enclavada, la imagen tuvo que ser retirada a una habitación particular bajo la custodia de un Padre benedictino de Montserrat, sustrayéndosela por casi cinco años al culto y veneración pública. Allá por los años de 1900 y siguientes, durante el rectorado del Rmo. P. D. Fulgencio Torres, al presente Abad *Nullius* de Nueva Nursia en Australia y Obispo titular de Dorylea, construyósele un nuevo templo en la céntrica calle del Marchese Campodisola, donde fué procesionalmente trasladada, quedando así restituída a la veneración de los fieles. El nuevo templo, por la exigüidad de los recursos, carecía del ornato y decoro exteriores debidos a la casa de Dios y a la Reina que en él había establecido su trono, razón por la cual el infatigable y activo P. Sabater, que por espacio de 12 años viene ejerciendo el rectorado del mismo, se vió en la precisión de obviar a tan perentoria necesidad y con sus desvelos incesantes logró reunir los recursos indispensables para hacerlo pintar y decorar con la esplendidez que se merecía, de modo que en un lapso de tiempo relativamente corto, lo que no era más que una modesta capilla, se ha visto metamorfoseado en una iglesia que, cuando no por sus dimensiones, al menos por su nitidez, luminosidad y ambiente místico, atrae los devotos a los pies de la Morenita, que, a su vez, roba las miradas y cautiva los corazones, elevándolos a las serenas regiones de lo espiritual y ultraterreno. Plácemes merecen el celoso emprendedor de tamañas mejoras y los artistas señores Gonella y Ballerini. A la sublime inspiración del primero de ellos se deben los hermosos bocetos, algunos de los cuales pueden admirar nuestros lectores en el presente número, no menos que la acertada dirección de la decoración artística de toda la iglesia. Justos son asimismo los elogios tributados al hábil ejecutor de las pinturas, Sr. Ballerini.

Aunque profanos en materias de arte pictórico, con todo, en gracia a nuestros lectores, vamos a dar una descripción lo más compen-

diosa posible de las obras más salientes. El ábside adórnalo un grande cuadro graciosamente tripartido por una construcción marmórea simulada de tres arcos, de los cuales el central es semicircular y cuadrangulares los laterales. En el centro yérguese imponente la montaña aserrada con el nicho u hornacina donde asiéntase la taumaturga Imagen; a derecha vése adelantar la procesión del pueblo con el Obispo de Vich Godomaro al frente, y a izquierda los pastores como extáticos al ver las luces y al oir los conciertos angélicos que les atrajeron a la gruta donde debía verificarse el hallazgo del más precioso de los tesoros. En la bóveda un grandioso fresco representa el triunfo o apoteosis de la Virgen de Montserrat; como señoreando en un Tabor supraterreno, nimbado de celeste claridad, destácase Ella y su monte elegido, en las cerúleas excelsitudes del Cielo, mientras que una abigarrada multitud de Santos, Religiosos y pueblo fiel asciende la multicuspidal montaña del Montserrat terreno. Los personajes, lo mismo que sus respectivas actitudes, reproducen con maravillosa exactitud la historia y la tradición. No menos dignas de atención son las decoraciones restantes de las paredes, etc., en las que resaltan jaspes y mármoles de variadas especies y colorido diverso, que, junto con el sobrio dorado y finísimos estucos han convertido el modesto templo en una joya de arte sagrado. Por fin, la airosa y elegante cúpula, con sus policromas vidrieras, deja filtrar una luz tenuemente rosácea que da al devoto santuario un tono general de recogimiento y suave piedad.

Así embellecido y ataviado el templo, faltaba sólo su solemne consagración o dedicación, y hénos ya de pleno en la narración de los múltiples festejos que con tal motivo se celebraron, festejos que se fueron desenvolviendo por espacio de ocho días, conforme se estila en la dedicación de las iglesias, imitación de lo que hizo el pueblo de Israel en la dedicación del Templo de Salomón. La consagración tuvo lugar el sábado 31 de Enero. No cabe en una sencilla crónica como esta dar cuenta minuciosa de tan imponente y conmovedora ceremonia, limitándonos por consiguiente a consignar que el Prelado consagrante de la iglesia, del altar mayor y del altar del Sagrado Corazón, fué Monseñor Beda Cardinale, O. S. B., Arzobispo de Perusa, asistido del R. P. Agustín Costa, O. S. B., consagrando contemporáneamente los altares de San Benito y San José el Reverendísimo P. D. Mauro M. Serafini, O. S. B., Abad General de la Congregación Sublacense, asistido del R. P. D. Claudio Barnabá, O. S. B., Prior de Montevergine; el canto corrió a cargo de los Rdos. Padres D. Plácido Vives, O. S. B. y D. Mauro Capozzi, O. S. B., que desempeñaron su cometido con brío y unción. Acabada la ceremonia de la consagración más allá de las doce, celebró misa en el altar mayor

el R. P. Sabater, cantándose en el coro la Misa de Angelis por los PP. Agustín Costa y Plácido Vives, acompañados al órgano por el Rdo. P. Mauro Capozzi, de Montevergine.

El día siguiente, domingo, 1 de Febrero, tuvo lugar la inauguración de la nueva Casa de Dios, con los magníficos actos de culto que vamos a relatar. A las 8, el Rmo. P. Abad General D. Mauro Serafini dijo la misa de Comunión general, en la que hubo plática por el reverendo sacerdote D. Jenaro Fraenza. A las 10 siguió la solemne misa pontifical celebrada por el Arzobispo de Perusa, ejerciendo de ministros el P. Costa y un Rdo. sacerdote de Nápoles. Dentro del presbiterio, al lado del Evangelio, asistía en uniforme de gala, el cónsul de España en Nápoles, D. Luis Villas, benemérito de la patria por haber enérgicamente tutelado sus intereses, durante su consulado en Mazagán, cuyos servicios, sin embargo, tan mal retribuídos fueron por los políticos galófilos, que obedeciendo a solapadas intrigas de los franceses, le removieron del cargo tan dignamente ejercido, con altas promesas cuyo cumplimiento espérase todavía.

A continuación del Evangelio pronunció un entusiasta sermón el Rdo. P. D. Guillermo Colavolpe, O. S. B., de la Abadía de la Cava, en el que a grandes rasgos enalteció las benemerencias de la Orden benedictina en el fomento de las glorias y culto de María, a quien en lejanas épocas erigió y dedicó multitud de Monasterios con sendas iglesias, y aun hoy día, son hijos de dicha Orden los celosos custodios de Santuarios de fama mundial como Montserrat, Einsiedeln y otros que sería prolijo enumerar.

Una capilla de cantores ejecutó una de las más devotas y majestuosas misas de Perosi. No hay que decir que la concurrencia era grande, llenando por completo el sagrado recinto, que ojalá hubiera sido más capaz.

El acto más típico constituyólo la procesión por mar y tierra que se verificó la tarde del mismo domingo. Empezó a organizarse hacia las 3, formando la comitiva el Arzobispo de Perusa, asistido de los Obispos de San Angelo dei Lombardi y de Lacedonia, todos en hábitos prelaticios, Monseñores Caracciolo y Donato, el Consultor español, Priores Barnabá y Sabater, PP. Vives y Capozzi y otros individuos del clero napolitano. Seguían numerosas asociaciones de la diócesis con sus trajes distintivos y respectivos estandartes y una multitud compacta de fieles entre los que figuraba el diputado por el distrito, el honorable Aistolfi. La tarde era espléndida y la temperatura benigna y apacible, más propia de la estación de las flores que del invierno. El desfile avanzaba acompasado y majestuoso entre cantos y plegarias de los asistentes y a los suaves acordes de selectas piezas ejecutadas por una banda al efecto contratada, recorriendo las popu-

losas calles de Maio di Porto, Rua Catalana, Flavio Gioia, San Bartolomé, etc., etc., luciendo muchos balcones de las mismas, ricas colgaduras. Así se llegó al puerto hacia la puesta del sol, ofreciendo cielo, mar, ciudad y montañas un panorama indescriptiblemente soberbio y encantador, desde las islas de Capri, Ischia, colinas del Posillipo por un lado, hasta el Vesubio y sus pobladas vertientes a lo largo de la incomparable playa, por otro. La sagrada Imagen que triunfalmente acababa de ser paseada por las calles de la ciudad, triunfalmente hizo su ingreso en el mar Mediterráneo embarcada en un pontón remolcado por el vaporcillo «Roma;» numeroso séquito embarcóse con la Morenita, que dió la vuelta al puerto entre las ovaciones y aplausos de una multitud apiñada en el muelle y los festivos silbidos de las sirenas de varios piróscafos allí anclados. El espectáculo no podía ser más sublime ni conmovedor; era aquello un verdadero derroche de poesía y belleza natural, no menos que de fe y amor sobrenatural, mientras en medio del arrobamiento de todos los ojos y de todos los corazones, la Virgen, cubierta con un manto azul como aquel cielo y como aquel mar, procedía lenta, lenta, con un gracioso balanceo apenas perceptible. Eran aquellos, momentos de beatíficas emociones para todos, pero nosotros, sobre todo nosotros españoles y catalanes hijos de Montserrat, que juntito a la Perla de nuestros amores, surcábamos el bonancible mar, experimentábamos hondas, inexternables sensaciones, remembrando aquellos días en que Nápoles era un pedazo de nuestra Patria, aquellos días en que aquella misma imagen había sido traída a Nápoles, aquellos días lejanos ya en que nosotros, con tanta razón como los antiguos romanos, podíamos llamar al mar Mediterráneo «Mare nostrum,» pues según la gráfica y conocida frase del célebre Almirante de la escuadra catalana, ni a los peces era dado recorrer dicho mar, a no llevar grabadas en su dorso las cuatro barras aragonesas. Así la Princesa de Cataluña bendijo con su presencia el risueño puerto de la embelesadora Partenope, de la sonriente Nápoles. Al desembarcar la Imagen del mirar dulce, fué recibida a los acordes de la Marcha real, y de nuevo el jubiloso cortejo emprendió la marcha por las calles de la Aduana, Conde Olivares, etc., cuando ya anochecía. Disparos, fuegos artificiales, profusión de luces, aclamaciones, plegarias y cánticos atestiguaban la delirante devoción de este pueblo meridional, que casi a cada esquina tiene erigidas pequeñas capillitas y al fondo de cada tienda y almacén rinde doméstico culto a alguna imagen de María, ante la cual arden noche y día algunos cirios. En todo el transcurso no hubo que lamentar el más mínimo incidente desagradable; toda suerte de vehículos parábanse a nuestro paso, y marineros, cocheros y tranviarios descubrían respetuosamente sus cabezas.

Hacia las 8 de la noche la procesión reingresaba en el templo, donde fué de nuevo colocada en su trono la veneranda Imagen. Acto seguido el Arzobispo dió la bendición con el Santísimo, desde la puerta de la iglesia por no caber en ella el inmenso gentío que obstruía la calle, y dirigió a todos breves palabras caldeadas por el entusiasmo el virtuoso orador sagrado Monseñor Caracciolo. Así terminó aquella fiesta de imperecedero recuerdo.

Sentimos de veras que por las ya excesivas proporciones de esta crónica no nos sea dado alargarnos más en la relación de los importantes puntos del programa que debían irse desenvolviendo durante los restantes días de la octava. Todos los días debía haber función matutina y función vespertina; en la primera, Misa solemne celebrada por algún Superior de las diversas casas religiosas; en la segunda, rosario, sermón por oradores de las respectivas Ordenes religiosas y bendición con el Santísimo. De este modo prestarían su concurso valioso y desinteresado, Benedictinos, Mercedarios, Dominicos, Franciscanos, Trinitarios, Carmelitas, Jesuítas y Barnabitas.

El ordenado desarrollo y feliz éxito de dichas fiestas ha superado las esperanzas más optimistas, y sin duda con sobrada razón se felicitarán de ello cuantos con sus esfuerzos han contribuído a obra tan meritoria. Satisfecho puede estar en primer término el Rdo. Padre Sabater, que a costa de ahorros y sacrificios ha logrado restaurar el templo, promoviendo la explosión de fe y entusiasmo del barrio de Porto. Digno es de mencionarse el celo y actividad de los Monseñores Caracciolo y Donato, que de consuno excitaron el entusiasmo popular y formaron el comité organizador de los festejos.

Por nuestra parte rendimos gracias a Dios por haber podido ver y rogar tan de cerca a la Morenita napolitana, cuando tan lejos tenemos la añorada Morenita catalana.

Nápoles, 2 Febrero de 1914.»

Junta general de la «Unió d'Escolans de Montserrat»

Para las once de la mañana del día 22 de Febrero se había convocado Junta general de los antiguos alumnos de la Escolanía de Montserrat, con el fin de renovar los cargos de la Junta Directiva de la «Unió d'Escolans de Montserrat» que, según el artículo 24 de los Estatutos de dicha Sociedad, debían renovarse, y eran el de Presidente, Tesorero, Vicesecretario y los vocales 1.°, 3.° y 5.°. Además debía elegirse el vocal 2.° vacante por la renuncia del Sr. D. Roberto Goberna que lo ocupaba, cargo que dejó por motivos de salud.

Reunidos un buen número de socios empezó la Junta general presidida por el Sr. D. José Bordas, quien declaró abierta la sesión, ex-

plicando el motivo principal por el que se habían reunido. Acto seguido el Secretario Sr. D. Jerónimo Picart leyó el acta de la última Junta general, que fué aprobada por unanimidad. A continuación él mismo leyó una muy bien escrita memoria de los trabajos realizados durante el año anterior, que fué muy aplaudida. El Sr. D. Manuel Serrat leyó el estado de cuentas de la Sociedad, que, estando conforme y siendo harto satisfactorio, fué aprobado. Se dió un voto de gracias a la Academia de la Juventud Católica por haber cedido galantemente el local a la Sociedad, y otro a los generosos donantes que habían contribuído a sostener los gastos de la misma.

Por fin el Presidente, Sr. Bordas, se levantó proponiendo la candidatura para los cargos que debían proveerse, la cual fué votada por unanimidad, quedando constituída la Junta directiva en la siguiente forma:

Presidente, Sr. D. Alejandro Alemany.
Vicepresidente, Sr. D. Pablo Romañá.
Bibliotecario, Sr. D. José M.ª Ballvé.
Tesorero, Sr. D. Julián Vilaseca.
Secretario, Sr. D. Jerónimo Picart.
Vicesecretario, Sr. D. Félix Ráfols.
Vocal 1.º, Rdo. Sr. D. Conrado Teys, Pbro.
Vocal 2.º, Sr. D. Antonio Catalá.
Vocal 3.º, Sr. D. Pedro Ribas.
Vocal 4.º, Sr. D. Manuel Serrat.
Vocal 5.º, Sr. D. Casimiro Ballester.

Antes de dar por terminada la sesión el Rdo. P. Asesor dió en nombre de todos un voto de gracias al Sr. Presidente y demás miembros de la Junta saliente por sus gestiones en pro de la «Unió d'Escolans,» y animó a los que entraban a formar parte de la misma a trabajar para que prospere cada día más dicha Sociedad.

Ultimamente se acordó en principio hacer una excursión a Montserrat, nombrando una comisión compuesta de los Sres. Casimiro Ballester, Manuel Serrat y Juan Botifoll que se cuide de ultimar los detalles de la misma, para poderlos publicar en alguno de los números siguientes de nuestra REVISTA MONTSERRATINA. Se suplica a todos los que deseen tomar parte en esta excursión que indiquen poco más o menos la época en que les vendría más a propósito, escribiendo al Sr. Secretario de la «Unió d'Escolans de Montserrat,» a fin de que la Comisión, en vista de la época más favorable para la mayoría, pueda fijar el día y ultimar los detalles.

En las páginas de color de este mismo número damos la lista de los socios actuales de la «Unió d'Escolans de Montserrat.»

GENERALES

Nuevo templo del Carmen —Barcelona.—Comenzóse a levantar en la ciudad condal una iglesia en honra de la Virgen Carmelitana, de tres naves de 33 metros de longitud, según se proyecta, de estilo, además, bizantino con las variantes que posteriormente lo han modificado; serán sus custodios los privilegiados hijos de la misma Virgen, los Padres Carmelitas.

Estos intentan que los buenos barceloneses contempladores del esbelto templo puedan decir: ¡Esa es obra nuestra! Para que lo digan con mayor razón, excitan a sus conciudadanos a que contribuyan a perfeccionar con su caridad la obra por ellos generosamente comenzada.

Capillas de la Virgen del Pilar.—Se está terminando la erigida en el templo internacional de San Joaquín, de Roma, bajo la custodia de los PP. Redentoristas, sufragada por los devotos españoles, quienes han respondido atentos al llamamiento constante del entusiasta semanario «El Pilar.»

El mismo ha abierto otra suscripción, a fin de reunir, con los piadosos donativos de los fieles, fondos destinados a la construcción de un altar en honor de la Pilarica que ha de ser el primero, después del mayor, del bello templo expiatorio que se alza sobre el Tibidabo.

Visita regia.—Sevilla.—A primeros de Febrero, la Reina Victoria visitó la Catedral sevillana, orando primeramente en la capilla real, ante Nuestra Señora de los Reyes: bajó luego a la cripta que contiene los restos de D. Pedro I de Castilla, D.ª María Padilla y otras personas reales, admirando en ella la Virgen de marfil conocida por la Virgen de las Batallas, pues que en éstas, honraba con su protección y presencia al monarca San Fernando. En la sala capitular contempló extasiada el cuadro de la Concepción, de Murillo, una de sus obras más acabadas.

La Medalla de San Benito

Celebrándose en este mes la fiesta de N. P. S. Benito, para promover su devoción no sólo entre nuestros Oblatos, sino también entre los demás fieles, publicaremos aquí algunas gracias que se han obtenido por mediación del santo Patriarca, según publican varias Revistas.

CHEMULPO (COREA).—*Posesión, conversión y santa muerte.*—Escribían a Mons. Robert, Prelado doméstico de S. S. Pío X, con fecha de 7 de Julio de 1913. Hace unos meses cayó enferma una niña de once años que frecuentaba nuestra escuela. Avisada por otra niña, fuíme con ésta a la casa de la paciente. Padecía del pecho. Ensayé

algunos remedios, pero todo fué inútil. Asimismo su familia puso en práctica cuantos les sugerieron para curarla, chinos, japoneses, coreanos y hasta protestantes, pero la niña iba empeorando cada día. En vista de esto yo le hablé de la dignidad del alma y le puse una medalla de María Santísima. Pareció hallarse contenta y satisfecha, pero al día siguiente hallóse la niña más grave Los vecinos aconsejaron a sus padres que recurriesen al demonio, según costumbre de los paganos, para que la curase, y así lo hicieron. Pasando a visitar a otra enferma, se me ocurrió entrar a ver a la dicha niña. Los parientes nos recibieron bastante bien, pero la chica estaba intratable, llenándonos de injurias que es imposible estampar. El padre me rogó que le tomara el pulso, para ver si podía vivir, mas la niña furiosa como un demonio, comenzó a darme patatas y puñetazos, de que conservo señal. Decíame: Yo tengo el demonio, apartaos de mí. Con nuevo recurso a María Santísima, sentíme inspirado de poner en su lecho una medalla de San Benito. Apenas salí de casa encontró la enferma dicha medalla: «¡Ah! dijo, la Hermana ha perdido la medalla, la guardaré yo.» Al día siguiente me llamaba para que la instruyese, me pedía perdón de las injurias y decía que deseaba morir cristiana. María Santísima y San Benito habían triunfado del enemigo. Poco después la niña era bautizada con el nombre de María Teresa, y luego volaba al cielo. (Carta de Sor Ana del Sagrado Corazón, Religiosa de San Pablo de Chartres).

Roma.—*Curación.*—Sor Clara Francisca Martinetti, de 67 años de edad, Vicaria del monasterio de Clarisas de San Cosme, la tarde del 2 de Octubre cayó gravemente enferma de resultas de un resfriado, que degeneró en bronco-pulmonitis. Al cabo de dos días, empeorando siempre, quedó la enferma como un cadáver. Los médicos declararon el caso como desesperado, y por tanto se dispuso que se le administrasen los Sacramentos. Tanto la enferma como las que la cuidaban, no habían perdido la esperanza de salvación por medio de la medalla de San Benito. «Aunque llegue a las puertas de la muerte esperaremos en ti», le decían con grande confianza. No se engañaron. En breve sintióse curada la enferma, y cuando volvió a visitarla el médico, fué para certificar que se hallaba sana. La enfermera daba cuenta de ello al Director del «Sacro Speco», añadiendo que Sor Clara ha vuelto a continuar todos los actos de Comunidad completamente buena.

El mismo «Sacro Speco» publica otra curación, que le comunicaron en 22 de Diciembre desde Massafra (Lecce). Se trataba del niño Enrique, hijo del Sr. Pascual Amedeo, empleado en el arsenal de Taranto. A los cuatro meses de haber nacido, comenzó a adelgazarse hasta el punto de no quedarle más que la piel y los huesos. Cuando

sucedió la curación tenía ya trece meses. En vista de su triste estado habían dado a su madre una medalla de San Benito para que se la pusiera al cuello del niño, pero no quiso hacerlo. Llegado el día en que creíase ya inevitable la muerte, una hija de dicha señora insistió de nuevo para que aplicase la santa medalla, pero despreció la su madre, diciendo que era inútil, puesto que estaba muerto sin remedio el niño. No se arredró por eso la hija, puso aquella noche la medalla al niño, que luego quedó sano con admiración de cuantos le conocían y hoy le ven tan bueno como si no hubiera tenido enfermedad alguna.

Caridad recompensada.—Al mismo «Sacro Speco» le comunica la Madre Fortunata Pignatelli, benedictina del monasterio de Massafra, el siguiente suceso, digno de consignarse. Durante ocho meses no había llovido en aquel país, y por la escasez de agua, vendíase ésta a muy caro precio. Las Benedictinas, que la tenían abundante, la daban gratuitamente a cuantos se la pedían, esperando que la recogerían cuando lloviese. Mas la lluvia no llegaba, y con eso las buenas monjas quedaron también sin agua. Tuvieron, pues, que ir a comprarla, pero las daban poca y para tres días cada vez. La situación era sumamente grave, y esto les hizo esperar en Dios, por cuyo amor ellas habían dado toda el agua que tenían. Resolvieron acudir a El en tanta necesidad, y ayunar a pan y agua el 10 de Diciembre para que las socorriese. Aquel mismo día, por la mañana, cuando fué a ver de aprovechar la poca agua turbia que les había quedado en el pozo, hallólo lleno la Hermana que iba a sacarla, volviendo llena de sorpresa y admiración a contarlo a las Religiosas. Divulgado el suceso, toda la población ha acudido al Monasterio, pidiendo, sacerdotes y legos, que les den del agua milagrosa de San Benito. ¡Sea por ello alabado Dios Nuestro Señor y su fiel siervo San Benito!

NOTICIAS DE LA ORDEN

Nombramientos

El Rdmo. P. Gregorio M.ª Grasso, Abad Ordinario de Montevergine (Italia), ha sido nombrado Administrador Apostólico de las diócesis unidas de Cava y Sarno, que se hallan vacantes desde la muerte del último Obispo Mons. José Izzo.

El Rdmo. P. Mauro Etcheverry, monje de Belloc (Francia), Consultor de la provincia franco-casinense y proconsultor de la anglo-casinense, ha sido destinado para Visitador Apostólico de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, cuyo cometido va ya desempeñando en España.

El Rdmo. P. D. Benito López, monje de Monserrat y Abad Procurador general de la Congregación Casinense de la Primitiva Observancia, ha sido nombrado Consultor de la Sagrada Congregación de Sacramentos. Creemos que es el primer monje de nuestro Santuario que ha obtenido semejante distinción. *Ad multos annos.*

Centenario de la libertad de Pío VII

Entre los católicos franceses, oprimidos hoy como hace un siglo por la revolución triunfante, ha surgido la idea de conmemorar con fiestas religiosas el triunfo de la Iglesia en la persona de Pío VII, antiguo monje benedictino, que después de cinco años de cautiverio en Francia, atravesaba libre la nación en medio del mayor júbilo de los fieles, logrando entrar en Roma el 24 de Mayo de 1814, mientras el carcelero Napoleón perdía el trono y se escondía en Elba. En Versalles se han decretado actos expiatorios. El Obispo de Nimes, Monseñor Félix Augusto Béguinot, ha ordenado un triduo solemne en la iglesia de Santa Perpetua en recuerdo del paso de Pío VII por aquella ciudad. Asistirá a la clausura de estas funciones el Emmo. Cardenal de Cabrières, Obispo de Montpeller.

CORRESPONDENCIA DE LA «REVISTA MONTSERRATINA»

Australia Occidental

Nueva Nursia 4 Enero 1914 (1)

Más visitas de los salvajes.—Impresiones.—Podemos ser optimistas y pesimistas.—Una oración por los salvajes de la Australia y por sus misioneros.

Rdo. P. Director: Seguro estoy de que la noticia de la aproximación de los pobres salvajes del Norte de Australia a los Padres misioneros, comunicada en mi anterior correspondencia, habrá causado una grata impresión y despertado el más vivo interés en los lectores. En efecto, ella significa una cesación de hostilidades de parte de los indígenas y es al mismo tiempo el primer paso dado por ellos, aunque inconscientemente, en orden al fin sobrenatural que con respecto a los mismos se pretende. Mas para poder apreciar en todo su valor este notable suceso, nos falta conocer todavía un gran número de otros hechos secundarios que se siguieron, después de verificado aquel acto tan principal. Veamos, pues, cómo los refiere en su ya citada carta el mismo P. Altimira. El cual, continuando este mismo asunto, prosigue de esta manera:

«Miércoles, 30.—Hoy tenemos todavía más motivos para alegrarnos en el Señor que el día de ayer. Ayer fueron catorce los indígenas

(1) Nuestro colaborador el M. R. P. Bas, dejó interrumpida la correspondencia para mandar su continuación algunos días más tarde.— *(N. de la R.)*

que aquí se presentaron, de los cuales cinco se marcharon tan pronto como hubieron recibido una buena ración de comida y sin aguardar el reparto de ropas con que cubrir sus desnudas carnes. Los que permanecieron hasta el fin nos prometieron que volverían, conforme se lo pedimos, y efectivamente, hoy a la una de la tarde han comparecido con una caterva de ellos, algunos de los cuales venían corriendo. Eran en conjunto 26 hombres y 2 mujeres, los cuales han entrado en la plaza dando grandes gritos y alaridos fieros, por supuesto, para demostrar su gran contento y alegría. Excusado es decir que todos se han presentado con el mismo traje de ayer (no usan más que uno, y de ese nunca pueden despojarse), aun aquellos mismos que ayer se llevaron ropas con que proteger la honestidad. Cabalmente, cuando esta gente llegó, acababa yo de hacer dos camisas de *tela de saco* para el caso en que viniera alguna mujer. Así que éstas han venido a las mil maravillas y nos han servido para cubrirlas decentemente. Les hemos dado a todos algo que comer, principalmente sandía, que es muy rica y lo que más abunda en la misión, hemos repartido ropa encarnada entre los que no la recibieron ayer y además unos veinte escapularios de la Santísima Virgen del Carmen, por no tener suficientes para todos. Luego les hemos entretenido tocando el acordeón. Por cierto que al hacerlo el P. Alcalde, y con mucha gracia, los negros, grandemente admirados y contentos se echaron a bailar, haciendo mil gesticulaciones con los pies y con las piernas, mientras se daban fuertes palmadas en la parte interior de los muslos.»

»Introducidos en la Capilla, les hemos mostrado la imagen del Niño Jesús, que les ha gustado mucho, el Santo Cristo, etc., y hemos cantado delante de ellos el «Laudate Dominum» y la «Salve Regina», hecho lo cual, los hemos despedido. Cuando estaban a una corta distancia un hombre de bastante edad con sus gestos parecía indicarme que volvería con su mujer para quedar con nosotros, a lo cual yo he respondido dándole mi asentimiento. En vista de esto, tres jóvenes de los que allí iban han manifestado su deseo de permanecer con nosotros desde aquel instante, a lo que yo he accedido, quedando todos muy contentos y satisfechos. A las 3 de la tarde hemos rezado el Santo Rosario en la Capilla con asistencia de los tres *distinguidos* huéspedes, y terminado el Rosario, algunos de Casa, que han ido al bosque, se han llevado a los tres mozos. Yo me he quedado en Casa para cortar media docena de camisas de la misma delicada tela que las anteriores. Al anochecer tres de estas *lujosas* prendas de vestir han prestado un buen servicio a nuestros pobres asilados.»

«Jueves, 31.—Los tres jóvenes indígenas, que tendrán de 21 a 24 años de edad, siguen contentos y han asistido a la Santa Misa, y después del almuerzo han salido con los de Casa que han ido al bos-

que a cortar leña para la cerca. Han seguido en todo el mismo horario y modo de vida que guardan nuestros muchachos.—El número de nuestros visitantes va por ahora en aumento: nada menos que 43 hemos tenido reunidos en nuestra plaza en este día. Entre ellos había cuatro mujeres (las de ayer no han vuelto), cuyos maridos tenían a gala el presentarlas. Uno tiene dos mujeres, una de regular edad y la otra apenas si llega a los 15 años; por manera que la poligamia parece estar en todo su vigor entre esta pobre gente. Lo primero que hemos hecho ha sido vestir a las cuatro mujeres poniéndolas el consabido camisón de tela de saco, de los cuales tenía seis preparados desde esta mañana. Una de dichas mujeres nos ha presentado a tres «Mayan» (¿hijos suyos?). Algunos de los negros presentaban en sus cuerpos horribles llagas que hemos procurado curar; mas al aplicarles el remedio, daban los pobres ayes y alaridos ensordecedores. Nosotros hemos procurado apaciguarlos repartiendo buenos cascos de sandía, pedazos de tela (a los que han venido por primera vez), estampas y láminas recortadas de algunos periódicos y revistas, alfileres, cajitas de lata y otras chucherías que teníamos a mano. Ellos nos han regalado dos o tres cinturones de pelo humano y de kanguro. También hemos notado que tienen grande amor a lo ajeno, pues arramplan cuanto pueden. Los hombres todos sin excepción están circuncidados; los hay de muy buen parecer y entre los 39 presentados no hemos visto ni uno solo que tenga la presencia horrible con que a veces se les representa. Dígase lo mismo acerca de las mujeres por lo que nosotros hemos podido observar. Estas son además de cuerpo delgado y de baja estatura, mientras que los hombres casi todos son corpulentos y algunos alcanzan una altura de más de seis pies ingleses. El ritual que hasta el presente han observado, al llegar a nosotros, ha sido abrazarnos una y muchas veces. ¡Calcúlese ahora lo delicioso que debe de ser caer en los hercúleos brazos de estos mocetones con los finos modales y exquisito tacto que les distingue! Cada vez que vienen nos soban, nos estrujan; las mangas y espaldas de nuestras camisas (aquí andamos en mangas de camisa en las horas de trabajo, como todo el mundo puede suponer, por causa del calor), resultan, después de tan delicada ceremonia, casi tan negras como el paño que visten nuestros invitados, que es exactamente del mismo color de su piel.»

»Los tres jóvenes que ayer se quedaron en la Misión han pasado la noche cerca de Casa, pero no dentro de ella. Esta tarde han pedido se les cortase el cabello que lo traían embadurnado con goma y tierra amarilla y blanca. Tanto el cabello como las trenzas de pelo con que se lo atan lo han regalado al barbero: el P. Alcalde. Estos muchachos me han manifestado deseos de marcharse con los demás que

hoy han venido a visitarnos, a lo cual yo he accedido, indicándoles que, después de correr por el bosque, si gustaban, podían volver a la Misión. Así lo han hecho, saliendo de Casa al despedirse de nosotros nuestros amables huéspedes sus compañeros. Veremos si renuncian a la vida pacífica y no se acercan más por esta Misión. Algunos negros, al marcharse nos daban a entender que volverían, a los cuales nosotros respondíamos con señas que los veríamos con gusto y serían bien recibidos no sólo ellos, mas todas sus familias y principalmente sus pequeñuelos. Nuestros muchachos les han llamado mucho la atención y han sido objeto de muchas caricias en especial por parte de las mujeres.»

»Viernes, 1 de Septiembre.—Esta tarde no han venido nuestros salvajes; y como por esta causa ando falto de materia para mi *Diario*, voy a consignar aquí algunos juicios sacados de las impresiones recogidas en estos últimos días. Ante todo, pues, hay que confesar que nuestros vecinos los negros son no solamente de más que regular buen parecer, sino también listos, y muestran una penetración e inteligencia muy superior a lo que nosotros podíamos sospechar. Ellos serán quizás tan desmoralizados como los de cualquiera otra parte del mundo, y aún más, si se quiere; pero la viveza de sus ojos y ademanes, su locuacidad y calor en el hablar, la atención con que nos escuchaban, el interés demostrado por entendernos y hacerse comprender de nosotros, la facilidad y exactitud con que repetían y conservaban en la memoria nuestras palabras, y en particular los santos nombres de *God, Jesus Christ, the Son of the God* y otras frases por el estilo, todo esto nos ha demostrado que ni los salvajes de Lombadina ni cualquiera otra casta de negros, de los que en otras partes he tenido ocasión de observar, pueden compararse con nuestros nuevos aliados de ¡hoy, que ¡Dios lo quiera! han de ser mañana por la fe nuestros hermanos. Lo primero que cada uno hacía al acercarse a nosotros era presentarnos a los miembros de su familia, si los tenía, dándonos sus nombres; nosotros en retorno les dábamos el nuestro, que se esforzaban en repetir, hasta que lo decían correctamente. Noté que hallaban dificultad en pronunciar el nombre: *Father*. Su lenguaje me parece que nada o muy poco tiene de aspereza, y me atrevo a consignarlo aquí, porque ninguna he notado en sus largas pláticas e interminables conversaciones, pues mientras han estado con nosotros nunca han cesado de hablar. Al dirigirnos la palabra lo hacían con calma y repetían sus expresiones muchas veces, hasta que se convencían que era inútil insistir, que no había medio de entendernos. Mas cuando hablan entre sí es cosa bien diferente; entonces es tal la rapidez y vehemencia con que lo hacen, que no es posible conjeturar el sentido de lo que están diciendo. Buena ocasión tuvimos de experimentarlo el segundo día que vinieron. Se enfadaron unos con otros, disputaron entre sí y ar-

maron tal camorra, que momentos hubo en que llegamos a temer no terminase aquello en una batalla campal. ¡Entonces sí que había que verlos, oirlos y admirarlos! También es curioso y digno de ser consignado lo que nos ha ocurrido con ellos cada vez que han venido. Cuando se hallaban próximos a la cerca de Casa, así que nos distinguían y notaban que salíamos a recibirlos con manifiestas señales de alegría, venían a nosotros, corriendo y brincando como niños que ven a su padre después de una larga ausencia, y se nos echaban encima y nos abrazaban repetidas veces en el modo y forma que antes he dicho. Claro está, que tanto el P. Alcalde como el Hermano Vicente y yo, al encontrarnos en semejantes apuros, haciendo de tripas corazón y apechugando con todo lo que tiene de amargo esta larga ceremonia, les hemos pagado en la misma moneda y hemos correspondido a tan *palpables* muestras de cariño con fuertes estrujones y vigorosos puñetazos, según el caso requería, aunque teniendo muy presente que sus cuerpos carecen de todo amparo con que mitigar el efecto de semejantes ataques.»

ROBERTO BAS, *O. S. B.*

(Concluirá)

NECROLOGÍA

Difuntos de la Orden

R. P. Metodio Ignacio Halabala, sacerdote jubilar condecorado con la Cruz de la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén, monje de Raigern (Moravia), 31 de Enero.

D.ª María Crucifixa Roni, ex-abadesa de San Juan B. de Subiaco (Italia), 6 de Febrero.

R. P. Meinrado Astfäller, de Marienberg (Austria), 10 Febrero.

M. R. P. Mariano José Holubec, Prior y Maestro de Novicios de Santa Margarita de Breunow (Bohemia), 10 de Febrero.

R M. Gertrudis Fernández y Suárez, en San Pelayo de Oviedo (Asturias), 20 de Febrero.

R. P. Agatón Zehnder, de Einsiedeln (Suiza), 21 Febrero.

R. P. León Juan Cancio Empl, de San Pedro de Salzburgo (Austria), 28 de Enero.

Rma. M. D.ª Milagros Mera López, Abadesa de Palacios de Benaver (Burgos) a 24 de Febrero.

Cofrades y personas recomendadas

D.ª Teresa Bonfill y Mateu de Sala; D.ª Clotilde Besora; D.ª Carmen Verneda y Rovira, y D.ª María Gasch de Riqué, en Barcelona.

D.ª Prudencia Rovira, madre del Sr. Junyent, Director de «El Correo Catalán», en Piera (Barcelona).

D.ª Josefa Oller y Roca, en Manresa.

D. Cristóbal Almirall Robert y D.ª Rita Ricart Sabria, en Villanueva y Geltrú (Barcelona).

Imp. LA HORMIGA DE ORO.—Nueva San Francisco 1'/. Barcelona.